

—¡Don Gabino! exclaman los chicos.

Y D. Gabino se detiene y echa la mano al bolsillo. Don Gabino es antiguo conocido de los pobres. Todos los días va la iglesia, y siempre les da algo.

—Vamos, dice Don Gabino, ahí van dos cuartitos, señora María.

—¡Ay! don Gabino, Dios se lo pague á V... ¡Si tuviera V. algunas camisitas viejas de la señora!....

—¡Ay! don Gabino, dice el ciego, si tuviera V. unas botas y alguna capita vieja!... Ya pido por V. todos los días...

—Estamos en... cu... cu... cu... cueros, dice la tartamuda.

Y don Gabino da dos reales á cada uno, y se entra en la iglesia,

—¡Dos reales! dice la impedida, y es tan rico que ni el mismo sabe el dinero que tiene...

—Vamos, señá María, dice el ciego, que si hubiera muchas limosnas de dos reales...

—Calle V., de á peseta las he tenido yo... El marqués de la Flauta no era tan rico como don Gabino, y siempre me daba una peseta, y el día de sus días medio duro, y cuando se murio su mujer, me dió media onza de oro físico, que todavia la conservo.

—Tambien á mí me daba, pero era de tarde en tarde....

—Porque con V. no tendria la confianza y el aquel que conmigo.... Como que yo le habia conocido en la lonja de sedas despachando varas de cinta y ovillos de algodón ántes de que se casara con la marquesa, que podia ser su abuela....

—Una señora muy completa, que era....

—Calle V., hombre, siempre le estaba quitando á su marido la voluntad, cuando iba algun *probe á pedir*....

—Señorita, una limosnita para mi madre, que no puede trabajar.

—Oye, chico, lo que no puede tu madre, es hablar, que para trabajar buenos cuartazos tiene.... Esta pobre impedida, que Dios se lo pagará....

—¿Quién tendrá compasion de este pobre ciego?... Que no se tengan VV. que ver sin vista.... Santa Lucía bendita les libre y les preserve de semejantes desgracias....

—Diga V., señor Pepe, ¿y el ciego de las antiparras?... ¿Está malo?...

—Nó, señora, digo, anoche le dieron un palo en salva la parte, y le abrieron la cabeza.... y está en la el *hospital*, porque cuando nos retiramos de aquí, al llegar á la calle de Cabestreros, entramos en la taberna á ver si nos habian llevado una razon del memorial que tenemos hecho para que nos pongan en la lista de las limosnas que ha dejado ese rey de afuera que ha venido estos dias, que le han hecho una parada y estuvo la otra noche en los Bufos, y no le pudimos hablar cuando salió.... Pues allí el ciego vió á su mujer....

—¿A la Muda?

—Hablando con el que frie las chuletas en la taberna, y la arrimó un palo... El otro sacó la cara por la Muda, y se trabaron de palabras, y últimamente, él ha dicho en la declaracion que fué sin querer, le pegó

un palo al ciego que le abrió la cabeza por dos partes.... María Santísima y Santa Rita de Casia, hermanitos, una limosna á este pobrecito ciego.

—Caba.... ba.... ballero, para estas po.... po.... pobres cri.... cri.... criatu.... tu.... turitas que no ti.... ti.... tienen pa.... padre.

Cuando la concurrencia es mayor, suprimen la conversacion y dedican todo su afan á enternecer á los devotos que les favorecen, y les hacen juntar una cantidad que les permite vivir y tomar apego al oficio.

En Madrid hay mucha caridad y muchos que la explotan y abusan de ella, con perjuicio de otros pobres más necesitados.

Pobres hay que se dan muy buen trato y que tienen dinerito ahorrado; de alguno he oido decir que por medio de una segunda persona prestaba á réditos muy crecidos, y no pocos mendigos no tienen otro motivo para dedicarse á ese triste oficio que el vicio ó la holgazanería.

Pero cuando veais un pobre, queridos lectores, no penseis nunca que acaso sea un vicioso ó un haragan que tiene ese modo de vivir sin trabajar; dad limosna á todos ó á los más que podais, porque si acaso dais alguna á quien no la necesite ó no la merezca, sobre su conciencia irá el robo de esa limosna á pobre más pobre y digno, y así no os expondreis á dejar sin socorro al que verdaderamente tenga hambre y solo de la caridad espera el alimento y el consuelo.

EL ESPÍRITU DE LA ÉPOCA.

—¿Señor?

—¿Qué ocurre?... ¿Viene V. á traer dinero?... Lo celebro, porque anoche.... Ese maldito conde de la Pepitoria tiene una suerte loca.... Cinco mil duros me ganó en un cuarto de hora que estuve en la sala de juego.... Luego se los lleva V.... que él es muy puntual.

—¿Cinco mil duros! Pero señor, ¿á dónde vamos á parar?... Venía á decir á V. E. que la señora me ha pedido un tronco para la *victoria*, igual ó mejor que el que lleva la marquesa de la Chispa....

—¿Y qué?

—Que el tronco cuesta treinta mil reales.

—Pues no tiene V. más remedio que cumplir los deseos de mi mujer.... No vaya á venir de rechazo á hacerme á mí una escena de las suyas.

—Pero señor, si no hay dinero.

—¿Y las rentas?

—Ya sabe V. E. que no se cobra la mitad por tantas hipotecas como ya tenemos.

—Bueno, pues hipoteque V. más.

—¡Ay, señor! á este paso....

—¡Calle V., hombre! Hace ocho años me está V. amenazando con la ruina.... ¡Báh! ¡Báh! compre V. ese tronco, lleve esos cinco mil duros al marqués, y á ver si me trae V. á mí algo.... Hay que vivir en sociedad....

—¿Cuándo quieres recibir, Elena?... ¿Un dia ó dos cada semana?...

—Pero, hombre, ¿para qué hemos de recibir?

—Todo el mundo recibe.

—Bien está que reciba y dé bailes y conciertos, y divierta á los amigos el que tiene dinero; pero nosotros, con tu sueldo de 30,000 rs. no más, no podemos hacer lo que hace el que tiene por lo ménos 5 ó 6,000 duros de renta.

—Pues, hija, la sociedad no hace caso de quien no hace caso de la sociedad.

—Precisamente eso es lo que yo quiero.

—Mujer, ¡qué pequeñez de ideas la tuya!

—Y luego.... mira, Angel, nosotros tenemos hijos, y más vale que ahorremos para ellos un poco, que no que gastemos para los extraños más de lo que tenemos....

—Calla, mujer, calla, con esas ideas tuvas viviremos desterrados de la sociedad....

—¡Dale con la sociedad! ¿Y los murmuradores?... ¿y los atrevidos?... Recuerda lo que le pasó á Eugenia... Su marido quiso tener reuniones, y las tuvieron.... Eugenia era buena y honrada, siempre lo ha sido la infeliz; pero un canalla se atrevió á decirle no se qué; ella le despreció, y él se vengó murmurando de ella....

—Pero el marido castigó á aquel infame.

—Sí, le dió una bofetada, y se batió con él; pero como en el duelo no vence la razon, sino la destreza ó la casualidad, Eugenia quedó viuda con dos pobres niños....

—Bien, eso es verdad; pero no siempre sucede eso. Eugenia tuvo esa desgracia, y no la hemos de tener nosotros porque ella la tuvo.... Además, si hubiere alguno que atentase á nuestra fama y á nuestro reposo, yo sabria castigarle....

—Ya lo creo; pero mira, «quién quita la ocasion, quita el peligro....» Si ahora vivimos en paz, sin deudas, sin tener que hacer gastos excesivos, considerados por las personas que nos conocen, y sin que las que no nos conocen nos puedan, como vulgarmente se dice, quitar el pellejo, ¿á que hemos de exponernos á disgustos, á gastos, Dios sabe á cuántas contrariedades por una pueril vanidad?... Nada, nada, esposo mio, vivamos en paz, sin hacer daño á nadie, deseando el bien de todo el mundo, y sin exponernos á perder el nuestro.

—Vendria á nuestra casa lo mejor de Madrid.

—Es verdad, vendria á *hacernos un favor*, y no faltaria quien nos criticase, y yo tendria que estar ha-

ciendo los honores á gentes extrañas, en lugar de estar velando el sueño de mis hijos.... Estoy resuelta; recibe tú si quieres á tus amigos, pero no cuentes conmigo.

—Tú harás lo que yo quiera. Yo no puedo contentarme con esta mezquina posicion.... Siguiendo tu consejo, viviremos oscurecidos y miserables.

—Pero viviremos tranquilos. Miserable vive el que, teniendo para vivir modestamente, quiere vivir con lujo. Ahora podremos satisfacer holgadamente nuestras necesidades; luego, si haces lo que deseas, habíamos de tener más y no habíamos de poder cubrir todas las necesidades que nos hubiéramos creado, por ser esclavos y juguete de la sociedad.

—Tú tienes ideas muy rancias.

—Bien, hágase tu voluntad, y Dios quiera que no te arrepientas.

—¿Qué trae V. por acá de bueno, don Adolfo?...

—Vengo por dinero.

—¡Hola! pues hace cuatro dias que le dí á V. 400 rs., y dos semanas que recibió V. los 1,000 que sus padres le tienen señalados mensualmente miétras dura el curso.

—Bueno: pero quiero que á cuenta de lo de los meses siguientes.... Me va V. desquitando diez ó doce ó veinte duros cada mes....

—Mala cuentâ es esa, amigo mio.

—Ya ve V., uno tiene compromisos.... Todos mis condiscípulos son ricos, y yo no puedo hacer un mal papel....

—Caballerito, el estudiante no tiene ó no debe tener más compromiso que estudiar y procurar sacar nota de sobresaliente.... ¿Y para qué necesita V. los 400 rs? ¿Es para ropa?

—Nó, señor, el sastre me hace toda la ropa que quiero, y no me apura porque le pague.

—Mal hecho: el sastre no debía fiarle á V. ni el valor de una hebra de seda, y evitaria un gran disgusto á sus padres de V. ¿Para la patrona no será?...

—Nó, señor, la patrona espera.

—¿Cómo que espera?... ¿Pues qué, no la paga V. corrientemente?

—Sí, sí, señor, pero....

—Tome V. los 400 rs.; pero por última vez le adelanto á V. dinero, y si vuelve V. á pedirme, escribiré á su padre de V.

—V. no ha de perder el dinero que me dé.

—Ya lo creo, porque su padre de V. es un hombre honrado; pero no quiero ser cómplice de V., si trata, como presumo, de que se arruine por V.

—Caballero, ese insulto....

—¿Me va V. á pedir satisfaccion?... ¿Quiere V. que nos batamos?... Veo que ha venido V. á estudiar buenas cosas.

—¿A dónde vas, chico?

—A casa de un usurero, que vive en aquella esquina. ¡Hombre! si tú quisieras, me evitabas ir.... ¿Me prestas 500 rs? Te daré cada mes cinco duros de mi sueldo, los únicos que ya me quedan libres de los treinta que componen mi paga

- ¿Y para qué quieres 500 rs?
- ¡Hombre es que he tomado un abono en el teatro Real, un turno.
- ¡Qué disparatel ¡Y dónde tienes tú dinero para esos turnos y esos lujos?
- ¡Hombre! no lo tengo en ninguna parte, por eso lo busco.
- Alabo tu frescura.
- Hijo, así hace todo el mundo.
- Sí, ahora todos queremos ser príncipes.
- O parecerlo.
- Pues amigo, no te puedo socorrer para el turno.
- Entónces voy á ver si ese prestamista me da los 500. Para vivir en sociedad hay que hacer estos sacrificios.

—¿V. por aquí á estas horas, don Basilio?... ¿Hay estero en la oficina?

—Ya he dejado el empleo: 10,000 rs. eran una miseria.

—¡Hombre!

—Sí, señor, me he dedicado á otra cosa. Acabo de fundar una sociedad de crédito. Los sócios capitalitas, somos don Pantaleon Cohete y yo.

—¡Hola! ¿V. también?

—Sí, señor, podemos dar hasta el 18 por 100 á los imponentes á plazo fijo de diez años.

—¿Y tienen VV. parroquianos?

—Sí, señor, la gente de los pueblos no sabe dónde poner el dinero que esté seguro.... ¿Quiere V. ser del Consejo de vigilancia?...

—Nó, señor, nó; yo, que no tengo tiempo para vigilar mis intereses, ¿cómo lo he de tener para vigilar los de los demás?...

—Lo que es ahora, si los negocios van bien, saldré de pobre y haré un gran servicio á mi patria. Ya le enviaré á V. los estatutos.

—Nó, señor, muchas gracias.

—Ya tenemos más de un millon.

—¿Un millon de VV?

—¡Hombre! ¡nó! ¡un millon de los imponentes!

—Y VV., ¿qué han puesto?

—Le diré á V: mi compañero ha puesto la casa, y yo el papel blanco que ha hecho falta. ¿Qué le parece á V. nuestra idea?

—¡Soberbia! Lo que no sé es cómo, habiendo sociedades, dirigidas por personas de arraigo y gran reputacion de probidad, que solamente se pueden sostener por el crédito de sus directores y los sacrificios que hacen todos los asociados, se las prometen ustedes tan felices, dos personas desconocidas en los negocios, y que nunca han tenido un cuarto, y V. perdone el modo de señalar.

—Amigo mio, por esos escrúpulos y esas preocupaciones estamos en España tan atrasados. Así nadie prospera, nadie sale de los garbanzos y el guisado.

—No lo digo por V.; pero el mal que aquí tenemos es que nadie quiere ocupar el lugar que le corresponde, y que todo el mundo quiere hacer, no lo que puede buenamente, sino lo que hace el vecino.

—Señora, vengo á molestar á V., á ver si me puede V. pagar los dos meses vencidos.

—¡Qué poca paciencia tiene V., don Serafin!

—Señora, cada cual necesita lo suyo. Tambien quiero decir á VV. que tengo arriba un cuarto muy bonito, que podian VV. ocupar, y se lo dejaria á VV. en 5 reales diarios.

—¿Cuál? ¿el cuarto cuarto?

—Sí, señora, es muy bonito, empapelado, con sus balcones y su chimenea....

—Señor don Serafin, nosotras no estamos acostumbradas á vivir en guardilla.

—No es guardilla, señora, y lo podrán pagar mejor que este.... porque yo me hago cargo de todo, y bien conozco que no teniendo V. más que 32 duros de viudedad, un cuarto que le cuesta 15 duros al mes no lo puede pagar....

—Parece así como que quiere V. arreglar mis gastos.

—Señora, yo quisiera cobrar, y desearia tambien que V. y su bella niña vivieran anchamente; siguiendo VV. en este cuarto, ó no me pagan á mí, ó no pagan otras cosas, y mejor sería que, economizando, pudiesen pagar todo lo necesario, y aun, si VV. hubieran de seguir mi consejo, las aconsejaria que se fuesen á vivir á un pueblecito cerca de Madrid, donde podrian ahorrar para venir majas un dia cada mes á dar una vuelta por la córte.

—Don Serafin, yo soy una señora, y no estoy acostumbrada...

—¿A ser pobre?... Pues hija mia, los tiempos hay

que tomarlos conforme vienen, y el que tuvo y no tiene, es como si nunca hubiera tenido.

—En cuanto encuentre un cuarto mejor que este, me mudo.

—Me alegraré mucho, y así encuentre V. otro casero como yo, que la perdone lo que le deba cuando se mude V. á otra casa.

—Chico, ¡qué elegante vas! Pantalón y sombrero nuevos, frac flamante, chaleco de cachemir, botas de charol, gaban forrado en seda, guantes blancos....
¿Vas á Palacio?

—¡Hombre, nó! voy al teatro Real. Esta noche le toca á la viudita de Pepe Tontillo....

—¡Ah! ¡ya! ¿y tú le haces el oso?...

—Es claro, ya ves, yo tengo que hacer fortuna por algun medio....

—¿Y cuántos años tiene esa señora?

—Unos dos millones de capital.

—Pues buena fortuna.

—Oye: ¿tienes ahí un duro? porque yo no llevo más que la butaca pelada.

—¡Hombre! no tengo; pídele el duro á la viuda á cuenta de los dos millones.

LA VICARÍA.

He aquí una casa de la que no han hablado mucho que se diga los escritores de costumbres:

No es raro esto: la Vicaría es una respetable casa á la que cada quisque va una ó dos veces en su vida, cuando le llega el cuarto de hora, y se decide á entrar en el gremio benemérito de los casados, y despues no tiene para qué ir á la Vicaría, hasta que se le casan los hijos, ó se le antoja á un amigo que le sirva de testigo ó de padrino.

En la Vicaría hay, sin embargo, mil ocasiones de estudio para el curioso observador; y yo, que me precio de serlo, aunque luego no sepa escribir mis observaciones con toda la verdad que fuera de desear,—no viene mal un poquito de modestia de cuándo en cuándo,—no podia prescindir de trasladar mi observatorio á la Vicaria, para hablaros de la Vicaría en este libro, siquiera para que no haya cosa de que no hable en él.

Tened, pues, ¡oh lectores amables! la complacencia de acompañarme á la Vicaría, ó mejor dicho, camino de la Vicaría, que acaso no pasaremos de la puerta de esta casa, á la que suelen mirar con malos ojos los casados escarmentados, como si la Vicaría tuviese la culpa de su mala eleccion, ó de su carácter mudable, impropio de casados, ó de las contrariedades con que la suerte les ha querido abrumar, desde que entraron por el aro é ingresaron en la respetabilísima cofradía.

Bajemos por la Calle de Cuchilleros á Puerta Cerrada, nombre que ya parece alusivo á los que cierran la puerta de los oídos á los consejos y á los halagos de la libertad, y entremos por la calle de la Pasa, cuyo nombre parece que dice al que va á casarse:— Pasa, hijo, pasa, no tengas miedo, que este paso le pasa á cualquiera,—y pongámonos detrás de aquellas dos señoras, una joven y otra de mayor edad, que van á paso largo, como si les faltara tiempo para llegar. Oigámoslas:

—Hija, no corras tanto, que yo no tengo tus piernas.

—Mamá, ya estará esperándonos Eduardo con sus amigos.

—Anda, que espere.—Mira, hija, aun estás á tiempo. Una mujer no pierde nada cuando deja á un hombre plantado; cuando pierde es cuando el hombre es quien la planta.

—Pero mamá, ¿quieres?...

—Yo no quiero nada, ya ves que no me echo nada en el bolsillo con que no te cases; pero como una, cuando llegan estos casos, tiene tanta prisa por casar-

se, y luego se suele tirar de una oreja y no alcanzarse á la otra...

—¡Que ideas tienes, mamá! Eduardo es muy bueno.

—Sí, pero mira que con 6,000 reales que tiene, por bueno que sea un hombre, siempre está á la cuarta pregunta.

—Pues mira, mamá, yo no me quedo soltera como la otra vez, que no te gustaba Rosales, porque decias que no tenia mas que 5,000 rs. en casa de un banquero, y ahí le tienes hoy con 50,000 rs. y coche, y su mujer va á los besamanos, y tiene una excelencia como una casa.

—Bien, hija, bien, ya ves que por tu bien lo digo, porque yo con mi viudedad... pero si te viera con la chancla arrastrando, ya ves qué plato de gusto para tu madre.

—Calla mamá, que allí está Eduardo á la puerta de la Vicaría.

—Sí, ya le veo, parece un ave fria, que se va á escapar por el cuello de la camisa. —Si levantara la cabeza tu padre, con su casaca de gentil-bombre y su calzon corto, y su sombrero apuntado, y te viera casarte con un empleadillo, que el mejor dia le limpian el comedero y no puede ganarse un pedazo de pan...

En efecto, allí, á la puerta, están esperándolas el presunto reo, ó sea el novio, con sus guantes de color de lila, y su sombrero planchado, y la corbata que le regaló la novia la noche ántes, y los dos testigos, que son dos compañeros de oficina, los más serenos que ha encontrado para presenciar tan desastroso lance, y, poco despues de saludarse ellos y ellas, y

de decir la novia al novio que si ha pensado mucho en ella, y de decirle éste que más que ella en él, llegan los testigos por parte de la novia, que son dos vecinos, que por la noche se reúnen con sus mujeres en casa de la viuda del gentil-hombre, y leen *La Correspondencia* mientras las señoras hacen crochet ó calceta, ó una colcha para rifarla luego á cuatro cuartos la cédula.

Y despues de los cumplimentos de ordenanza, suben la escalera arriba con el mayor valor los futuros esposos, seguidos de los testigos del desastre, y detrás la mamá, á quien ya le empiezan á asomar las lágrimas, que despues correrán abundantes, cuando se tomen los dichos su hija y el ave fria.

Vamos á ver quién viene ahora á enajenar su libertad y á ponerse en disposicion de cumplir el sagrado precepto:

¡Valiente moza por cierto! Con su vestido de seda, su pañuelo de Manila, amarillo, con un bosque tejido, lleno de pájaros de colores y loros, y toda clase de caza mayor y menor, con su mantilla de tira, con majestuoso andar y cabeza erguida, si la dama que viene ahora camino de la Vicaría no tiene alguna taberna por la calle de Toledo ó islas adyacentes, tendrá alguna carnicería, ó por lo ménos, será hija de algun tratante en caballos ó cosa por el estilo. A su lado va muy sério un mocito de buena planta, con su capa azul de embozos de terciopelo, su sombrero de copa alta reluciente como un espejo, su chaleco de ramos verdes sobre fondo encarnado, y su levita, para parecer todo un caballero.

Detrás vienen los padres de la novia, que son una mujer muy gorda, vestida tambien con el mayor rumbo, y con una barriga que parece que está embarazada de diez años, y un hombre ya maduro, alto y fornido, con sombrero calañés, capa y chaqueta, ó más bien zamarra, como que no ha entrado en las modas del dia, y no ha podido comprender todavía para qué sirven los dos faldones adheridos al cuerpo de una levita, y no la usa por no saber qué hacer de ellos.

Detrás viene el barrio entero, que todo él conoce á los contrayentes y toma parte en sus satisfacciones, y quiere ver cómo se toman los dichos la dichosa pareja, que ya no se verá libre de esta escolta hasta la noche del dia de la boda.

Pregunto á uno de los de la comitiva, y me dice que ella, la novia, se llama la Rosa, y es hija de un cortador, que tiene cuatro cajones en la plaza de la Cebada, y un puesto en el Rastro, y más dinero que pesa, y que es muy liberal, y que el novio es hijo del dueño de la *posada para caballeros* que está en la Cava Baja, titulada de San Judas Tadeo, que en tiempo de los franceses ya estaba allí, y que cuando se muera su padre le quedarán dos casas, una en la plazuela de la Berengena, y otra en la calle de las Aguas, además de la posada, y me cuenta tambien que el padre del novio no es gustoso en que se case su hijo con la Rosa, no por nada, sino porque al fin la Rosa es hija de un cortador que empezó siendo matarife en el matadero, y todo el mundo tendrá qué decir, y su hijo, al fin y al cabo, teniendo dinero,

hubiera podido casarse con la hija de don Andrés, el del almacén de granos de la esquina, que es el que surte de paja y cebada á las personas principales, y solo con que le paguen lo que le deben es poderoso, y la hija de don Andrés estaba muerta por el chico; pero el chico se ha empeñado en casarse con la Rosa, y en cuanto ha cumplido la edad, le ha dicho á su padre:—«Padre, si V. quiere, me caso con la Rosa, y si no quiere V., me caso tambien;»—y el padre no ha tenido más remedio que decirle:—«Anda bendito de Dios, y la Magdalena te guie; pero hasta que yo cierre el ojo, no esperes que te dé ni un cuarto. Luego haz de todo mangas y capirotos, que yo no me lo he de llevar al otro mundo.»

¿Qué es esto?... ¿Una disputa en la calle de la Pasa?... ¿Una riña entre dos novios á la puerta de la Vicaría!... En efecto, dos novios son, una mujer, que no se distingue por la elegancia de su traje, con vestido de percal bastante remendado y pañuelo á la cabeza, y un hombre con el pantaloncito muy ajustado, que señala perfectamente sus nada delicadas formas, chaquetita corta, faja que se le cae y le arrastra, y gorrita echada sobre los ojos, y un palo muy gordo, en el que se apoya indolentemente.

—Mira, dice el chaval á la moza, que habrá sido buena alguna vez, á mí no me vengas con canciones, porque, aunque estemos aquí, me vuelvo atrás.

—¿Qué te has de volver?... Vuélvete, hombre, vuélvete atrás.... ¿A que no te atreves?

—¡Que nó!... Mira, no me lo digas muchas veces, porque en poniéndoseme á mí una cosa en la cabeza....

—Calla, cobardon, si en cuanto te dijo mi hermano que te iba á abrir la cabeza con el tirapié te pusiste más blanco que la pared. Maldita sea la hora en que te acercaste á mi puerta.

—No decias eso ántes....

—Porque no te conocia, gran *arrastrao*, *mardita sea tu casta*.... Pues si yo te hubiera conocido, ¿cómo era posible que me hubiese quedado desnuda como estoy, que no tengo mas que lo puesto?... ¡Y cómo habia de haber dado que *mermurar* á las vecinas, y habia de haber consentido que todo el barrio me señalara con el *deo*?... Pues por eso me caso contigo, por tapar la boca á más de uno y más de dos, y poder, pongo por caso, plantarle los cinco *deos* en la cara á alguna *bocona* sin vergüenza.

—Mira, esa que tú llamas *bocona*, es una señora, aunque me esté mal el decirlo, y no agraviando lo presente.

—Te digo que *gofetá* como la que yo le voy á arri-mar, no se la han dado todavía en el mundo.

—Entónces, vámonos cada uno por su lado, y no digas luego que si fué que si vino.

—¡Eh! quieto aquí, ave fria, y vamos á ver si nos toman los dichos.... ¿Traes ahí los papeles?...

—Sí, aquí traigo la *céula* de vecindad, y un *priego* de papel *sellao*, por si ocurre.

—Yo traigo la fé de bautismo, que reza cuándo yo nací y cómo me llamo....

- ¿Y dinero, traes?...
- Claro, tres duros por lo que pueda ocurrir, que me los han dado de empeño del mantón....
- Pues entónces, vamos á subir....
- Anda, sube delante, gran indino, que has de ser mi perdicion.

—Mira, no me digas nada, porque si me pongo á pensar cómo le compromete á un hombre una mujer.... me vuelvo atrás *entoadia*.

—Pues, *mardito sea tu cuerpo*, ¿te fuí yo á buscar?... Yo bien tranquila estaba en mi casa, con buena ropa en el cofre, y un billete de doscientos *riales*, por si Dios me daba una enfermedad, sin acordarme del santo de tu nombre....

—¡Ya! pero dí que no me camelaste....

—¡Camelarte yo! déjame reir.... Pues no hay duda que eres una viña para una mujer.... tú eres holgazán, tú eres cobardon, tú eres borracho.... en fin, si no tiene el diablo por dónde desecharte.... Pues ¿crees tú que si no fuera por lo que es me casaría yo contigo?... Pero yo soy mujer de vergüenza, ¿entiendes?... y á mí no me pone nadie *colorá*.... Anda *pa* arriba, gran tunante, á cumplir como Dios manda.... y luego que te lleven los demonios....

Y suben ambos contrayentes á la Vicaría.

Cualquiera puede presumir lo que será este matrimonio á los pocos dias. ¡Flojos escándalos armarán los dos novios! Ya me parece oír los gritos de la tierna esposa, y los juramentos con que ameniza la paliza que le arrima su marido.

Aquella señora que viene por allí la conozco yo... Sí, es doña Virtudes, una huérfana de un coronel, que va todas las noches á la tertulia de doña Matea, la viuda del comisario de guerra.

—A los piés de V., Virtudes.

—¡Ay! no le habia conocido á V.

—¿A dónde va V. por aquí tan sola?...

—Iba.... mire V., á V. se lo diré, porque es V. callado y prudente.

—Señora, yo prometo á V. guardar el secreto.

—Pues mire V., iba á la Vicaría.

—¿Se va V. á casar?

—¡Ay! sí, señor, ¿qué quiere V?...

—Señora, yo no quiero nada, y felicito á V.

—¡Ay! amigo mio, ya ve V., una mujer sola en el mundo, no significa nada.

—¡Oh! cuando es tan bella como V....

—Yo, es verdad, que con mis 27 duros y medio de orfandad, lo pasaba regularmente; pero desengáñese V., una mujer sin la sombra de un hombre....

—Señora, para tener sombra, me parece que no se necesita un hombre.

—Todo el mundo se la atreve á una, porque como á una la ven sola.... Y luego todos murmuran de una mujer soltera. No puede una recibir á nadie en su casa, ni salir á ninguna parte.... en fin, que una mujer sola, si no es del todo desgraciada, está en una posicion muy comprometida.

—¿Y quién es el afortunado mortal?

—A V. se lo diré en secreto: es Castaños.

—¿El general?... Yo creí que habia muerto.

—Nó, don Venancio Castaños, el que corre con la administracion y la tesorería de la casa del duque de la Lamparilla.

—¡Ah! sí, ya le conozco tambien, es visita de doña Matea. ¡Caramba! ¡y qué callado lo han tenido VV! ¿Y á qué va V. ahora á la Vicaría?

—¡Ay! ¡si viera V. qué vergüenza me da! Castaños no puede venir, porque ha ido hoy á un negocio del duque, y por no dejarlo para mañana.... Traigo la fé de bautismo, que me la pidieron ayer.... yo no creí que se necesitaba para casarse....

—Pues señora, si quiere V. que yo la entregue.....

—Mucho agradecería á V. ese favor.

—Señora, eso no merece agradecimiento.

—¡Ah! diga V. que á ver si nos despachan prontito.

—Bueno.

—¡Ah! que la fé de bautismo está equivocada por fuerza, porque, segun la fecha en que dice que nací, tengo ya cuarenta años, y no hay tal cosa, porque yo no he cumplido aun los treinta y uno.

—¡Bah! en las fés de bautismo de las mujeres, siempre hay alguna equivocacion de diez ó doce años.

—Es una triste gracia.... A ver si yo represento cuarenta años.... Castaños cree que tengo unos veintiseis.... Por eso tambien he querido traer yo misma la fé de bautismo.

Despídome de la pensionista del Monte-pío, que por casarse renuncia á sus 27 duros y medio mensuales, y subo á entregar su partida de bautismo. Y me vuelvo á bajar á mi observatorio.

La primera pareja que me encuentro es una vieja más fea que un ¡voto va! muy emperregilada y compuesta, acompañada de un jóven bien parecido, que va con la cabeza baja, como avergonzado, y razón tiene, en efecto, para avergonzarse, porque no sé que haya cosa más vergonzosa que fingir amor á una vieja repugnante, solo porque la vieja tiene dinero.

Les acompaña, como testigo, un amigo mio, que, deteniéndose á saludarme, me dice que el jóven vino á Madrid recomendado á la vieja, y que ésta se ha tomado tanto interés por su pupilo, que no ha parado hasta llevarle á la Vicaría. El engaña á la vieja, y ofrece á todos sus amigos gastarse alegremente el dinero de la vieja con ellos.

Y no quiero oír más, porque me repugna oír cosas tan infames y vergonzosas.

Andando el tiempo, corto tiempo sin duda, la vieja se verá en la calle, sin marido, despreciada de todo el mundo, y quizás reducida en sus últimos años á pedir una limosna por amor de Dios.

Detrás de este futuro endemoniado casamiento, viene otro proyecto de boda, que todavía me causa peor efecto.

El novio es un viejezuelo que parece un mico, y la novia una niña de diez y ocho ó diez y nueve abridos, bonita, sonrosada, una muchacha, en fin, digna de mejor suerte. La pobrecita debe haber llorado mucho, porque en sus ojos se ven señales indudables de llanto, y no se atreve á alzar los ojos del suelo, y ménos á mirar á su novio, que la mira con una expresión que no tiene nada de amorosa, y la habla de

manera que la pobre muchacha tiene el rostro encendido de vergüenza.

Y detrás viene la madre, ¡valiente madre! Ella debe ser la autora de esa boda, que tanto dará que reir al demonio; ella, la que sacrifica su hija al dinero del viejo.

Como no falta por allí quien conozca á esta mujer, no falta quien me dice que la madre es una lagartona muy larga, que debe mucho dinero al novio, que es un prestamista usurero, y le paga, y se propone sacarle todavía más trigo, dándole por mujer á su hija.

Esto no se castiga en el mundo, pero paréceme á mí que Dios no podrá dejar sin castigo á esa madre, que hace la eterna desdicha de su hija.

¡Hola! ¡gente de coche viene á la Vicaría!

Esa señorita que baja de la carretela, no me es desconocida. ¡Toma! como que es la hija de los marqueses de la Polilla.... Detrás de ella bajan un señor y una señora respetables, y un galán, medio tísico, á quien también conozco; es un empleado con 5,000 reales de sueldo, que ha logrado engatusar á la hija de los marqueses, y ésta, contra la voluntad de sus padres, y depositada previamente á instancias del novio, se casa con el empleado.... Es una niña mimada, y acaso algún día se arrepentirá de lo que va á hacer. Eso de *contigo pan y cebolla* se dice muy bien cuando no se tiene evidencia de la realidad, pero es muy duro cuando es verdad.

—¿Qué voces son esas que se oyen clara y distintamente?

Preguntaré á esta buena mujer que viene hácia acá.

—Señora, ¿qué pasa?

—¡Na! *Miste*, pa el caso no es na... ¿Le importa á V?

—Nó, señora.

—Creí que... como se viene V. á enterar... ¿Es V. el vicario?

—Señora, ¿dónde ha visto V. un vicario con bigote y capa torera?

A este tiempo ya han llegado al sitio donde estamos la mujer y yo, otra mujer, acompañada de un hombre de mal pelaje, que dirigiéndose á la brava hembra, á quien yo interpelé, la dice de esta manera:

—Oye tú, Pepa, mira lo que haces...

—Lo que hago, contesta aquella volviéndose rápidamente hecha un basilisco, puestas las manos en la cintura, lo que hago es que tú no te ries de mí... y que ahora mismo te voy á poner *empedimento*.

—¿*Empedimento* de qué? pregunta con voz aguardentosa la otra mujer.

—Señora, con V. no va na, V. ha sido *vítima* como yo... V., si se va á ver, no tiene la culpa, porque las mujeres, ¿á qué estamos?... y en diciendo que un pillo de estos nos dice que nos quiere, así los quemaran á todos, ya parece que nos han dado un *ascótico*, que nos volvemos tontas y memas...

—Oye, Pepa, si yo he hablado contigo, ya hace cuatro meses que no nos hemos visto.

—Y así no te hubiera visto en mi vida, *arrastrao*.

—Señora, tiene razon este, lo que no ha sido en mi año no es mi daño.

—A mí no me venga V. con letanías, y este *cabayero*, si lo es, que lo dudo, sabe que él no podia comprometerse con ninguna mujer en el mundo miéntras la Pepa viva, y yo he venido cuando he sabido que iba á tomarse los dichos, porque puedo, ¿esta V? porque yo, pongo por caso, tengo *autoría pa* que no se case con ninguna mujer en el mundo, ¿se entera V?... Dí, gran indino ¿quien te llevaba la comida á la carcel cuando estuviste preso por pegar á un abonado en el tendido? Vaya un *incomodador* de la Plaza de los toros, que se pone á pegar al *prúbico*.—Dí, ¿quien te desempeñó la capa que ya la tenias *apolillá* de tenerla guardada tanto tiempo? Dí, ¿quien fué á hablar al *impresario* de los títeres de Recoletos *pa* que te diera una *praza* de los que salen con la librea, sacando á los caballos *agarraos* del morro? Dí, ¿quien ha pagado los 55 reales y cinco cuartos que debias en la taberna del Calvo?... Dí, ¿quién te ha sacado de todos tus apuros?

—Mira, Pepa, á un hombre no se le echa en cara lo que se hace por él, porque una señora, pongo por caso, como tú, está muy honrada con que un hombre.. en fin y *úrtimamente*, está señora que viene conmigo es *dina* de cualquier cosa, y yo le tengo dada la palabra.

—Y á mí, ¿cuántas palabras me has dado?... Y no te quiero hablar de otras cosas, que debias caerte muerto de vergüenza.

—Eso, poco á poco, y no me toques en ese punto, porque á mí no me sacas tú los colores á la cara, por-

que todo el mundo sabe que soy hombre de responsabilidad y que puedo presentarme con mi cara descubierta.

—Mire V., señora.... no sé cómo se llama V....

—Me llaman la Baldomera, para servir á Dios.

—Por muchos años. Pues mire V. *Oña Bardomera*, si se casa V. con este hombre, al mes va V. á estar deseando que se le lleven los demonios...

—Yo lo tengo ya bien premeditado todo...

—V. es, y V. perdone que se lo diga, una tonta, aunque me esté mal el decirlo, y V. se tiene que ver en un *hospitál* por este hombre, y le ha de ver V. á él en un presidio....

—Oye, Pepa, que se está *ajuntando* la gente.

—A mí que *sa junte*... En este Madrid hay mucho papamoscas.... ¿Qué quieren VV. saber?... No hay *ná*; que el señor se quiere casar con la señora, y yo vengo á ser *testiga*... ¡Jesús qué gente más curiosa! ¡Cuánto va que mañana lo trae puesto *La Correspondencia*!... ¡Eh! tú, no te vayas.... *Aspérese* V. un poco, doña *Bardomera*, que aun tenemos que ventilar el asunto.... Yo subo con VV., y presento el *empedimiento* en *toa* regla, y si hacen falta testigos y *testigas* de que el señor es un pillo, que ha tenido que ver conmigo, tengo yo personas muy abonadas en Madrid que saldrán por mí y dirán que es *efetivo* que este hombre ha sido mi novio, con buen fin por supuesto, así se hubiera quedado ciego, y que entraba en mi casa con toda confianza, y que todas las vecinas estaban enteradas de que en diciendo que saliera de la cárcel nos teníamos que casar, que así lo tenían dicho.

—¿Qué dices á eso, palomo?

—Mira, *Bardomera*, la señora..... es verdad que hemos hablado un mes ó dos.

—Señora, año y medio bien corrido. Y me debe V. dinero, y la capa, y tres meses de llevarle á V. la comida á la carcel, que *tós* los presos estaban muertos de envidia.... y si yo hubiera querido hacer mi suerte con aquel D. Miguel que estaba allí por política... pero yo siempre le puse cara de baqueta, con el aquel de que tú me ibas á cumplir la palabra.... ¡*Marditasea* tu estampa! ¡á cuántas habrás dicho lo mismo!... Mire V., doña *Bardomera*, V. no tiene el honor de conocerme, pero yo... me da así como cargo de conciencia que V. se vaya á casar con este pillo...

—Mire V., yo, si no fuera por una porfia que he tenido con la Tuerta, que esta *empeñá* en que se ha de casar ántes que yo...

—¿Con qué la va á mantener á V. este *perdis*?... Con lo que V. gane, echando el *arma*... eso sí no lo gasta él *tó*... Yo le pongo *empedimiento pa* que no se ria de mí, pero no porque le quiero *pa* mí... ¡Jesús! primero me metía en las *Arrepentías*, si me *armitieran*, que me parece que no...

—Pues mire V., oña *Pepa*, casi tiene V. razon, y por mí, si V. no presenta el *empedimiento*, yo tampoco me caso...

—Oye, *Bardomera*, eso no es tener palabra...

—Quítese V. de ahí, que esta señora tiene razon que le sobra por encima del moño...

—*Pepa*, no me precipites...

—¿Qué me va V. á hacer?... Si es V. el gallina del



siglo. Señora *oña* Pepa, véngase V. conmigo, que ahora nos vamos á tomar las dos un café, con su *prus café* y media *tostá*...

—Oye *Bardomera*...

—Si te he visto no me acuerdo. Hágase V. cuenta de que no me ha conocido.

—Ea, vamos *oña Bardomera*.... ¡Hombres! que los coja un toro...

Y así se desbarata este matrimonio en proyecto.

Los que hablan mal del matrimonio, y suponen que cada día pierde más aficionados este sagrado Sacramento, no tienen mas que irse á la puerta de la Vicaría, cualquier día no feriado, como hice yo no hace mucho, y quedarán convencidos de que se casa mucha gente, y de que el matrimonio no inspira ese horror que ellos creen.

Allí verá las uniones más absurdas, los matrimonios más desiguales, las novias más feas de este mundo, y los novios más babosos de la cristiandad. Allí podrá estudiar la respetable clase de las mamás; allí las verá llorosas y afligidas, dejando caer cada lagrimon del tamaño de una nuez; allí verá otras que lloran y se rien al mismo tiempo, y llaman *pícaro* y *seductor* al novio, que suele parecer un mico, y se comen á besos á la niña, y evocan el nombre de su difunto y el parentesco que tienen con personas principales, y hablan con las demás madres que encuentran allí, y se relamen de gusto oyendo todo lo que no les importa, y se refieren mutuamente los partidos que les han salido varias veces á sus hijas respectivas, y cómo entraron en la casa los novios favorecidos, y cómo se in-

teresaron los corazones de las niñas, y la condicion, sueldo y categoría de los supradichos novios.

Los testigos y padrinos de las bodas suelen revestirse de una gravedad singular, con la evidencia que tienen de lo grave del caso, aunque para ellos no es tan grave como para los novios.

Muchas veces, cuando el encargado de tomar la declaracion á los testigos pregunta cuánto tiempo hace que los conocen, suele alguno contestar:

—Yo le diré á V., los conozco hace quince dias.

Y calculen VV. la estupefaccion de los novios, sabiendo que es requisito indispensable que los testigos conozcan á los novios desde hace algunos años.

Novio hay que se presenta de tal manera turbado, que cuando le preguntan cómo se llama su padre, dice que no ha tenido el honor de conocerse padre nunca.

Las novias no se acuerdan jamás de la fecha de su nacimiento, y las madres aseguran siempre que la fe de bautismo de la niña está equivocada, y hay novio que se casa con una doncella de 55 años, que se queda muy convencido de que su mujercita es una niña de 18.

Los novios que tienen empeño en que se les dispensen las amonestaciones, ó tienen un amor desmesurado, ó la novia es una ganga, que temen que se les escape, ó tienen en su vida alguna historia de amor, ó cosa que lo parezca, ó tienen, en fin, poquísima confianza en sí mismos, y quieren despachar cuanto ántes por no volverse atrás, que todo podria suceder en tres semanas de amonestacion.

Los empleados en la Vicaría son los que oyen más disparates, y más mentiras, y más verdades, y los que ven más lástimas.... ¡Cuánta jovencita malograda! ¡Cuánto jóven inexperto pescado lo mismo que un pez del Jarama! ¡Cuántos padres que tendrán que dar estrecha cuenta á Dios por lo mal que colocaron á sus hijas, desgraciadas despues toda la vida en un matrimonio que repugnaba á su corazon!

Va haciéndose tarde, y ya empiezan á salir los empleados de la Vicaría. No me es posible, pues, subir á hacer mis observaciones en el interior de la Vicaría, además de que es fácil que no yendo yo á casarme ni á ser testigo de ninguna desgracia por el estilo, no pareciera bien mi excesiva curiosidad. Pero á ver qué me dice ese jóven:

—Caballero, ¿es V. de la Vicaría?

—Nó, señor, pero si le puedo á V. servir de algo...

—Mire V., yo estoy loco.

—Lo siento.

—Quiero casarme á toda costa.

—Pues eso bien fácil es; en casarse se puede gastar todo lo que se quiera.

—Gastar nó, yo no puedo gastar nada, porque no tengo nada hasta que se muera un tio mio que tengo.

—Entónces, no se case V. hasta que su tio de V. reviente.

—V. me es muy simpático: desde que le he visto á V. parado aquí, me ha interesado V.

—¿Es acaso conmigo con quien se quiere V. casar?

—Nó, señor, ha de saber V. que en aquel portal de allá arriba, donde está un perro sentado...

- Sí, ya lo veo.
- Pues allí está la mujer que me ha consagrado su amor.
- ¿Y qué hace allí? ¿Es la portera?
- Nó, señor, es la hija del conde de la Chispa, que, vista la oposicion de sus padres á que se case conmigo, se ha fugado conmigo esta mañana, y como nos queremos con buen fin y deseamos casarnos, vengo á la Vicaría.... V. será mi padrino....
- Nó, señor, nó, no puedo tener ese honor.
- Yo he sido escribiente del conde de la Chispa, y hace seis dias me puso en la calle porque enamoraba á su hija. Ya ve V. que yo tengo necesidad de llevarme á su hija. Es cuestion de honor.
- ¡Bonita manera tiene V. de entender el honor!
- Ella está decidida por mí, y conmigo vivirá contenta, aunque sea en una guardilla.
- Ya veria V. eso al cabo de ocho dias.
- Dígame V. qué pasos hemos de dar para casarnos....
- ¡Hombre! no dé V. paso alguno.... hácia su perdicion....
- Es que ella no quiere acompañarme sin habernos casado ántes, y allí está aguardando en el portal.
- ¡Qué! ¿quiere casarse en el portal?
- ¡Cielos!
- ¿Qué le pasa á V?...
- Sí, él es.... aquel que viene por allí es el conde de la Chispa, y viene con dos civiles.... ¡Maldicion! ¡Soy perdido!

Y mi hombre escapa á todo correr, y el conde se

acerca á mí y me increpa y me llama tunante, suponiendo que soy amigo y cómplice del rapto de su hija, y suplica á los civiles que me lleven al Gobernador, y con mil trabajos puedo convencerle de que no soy cómplice de nadie, contándole lo que acabo de saber por su escribiente, y acompañándole al portal donde se halla su hija, que es una niña de quince años, muerta de miedo, y que al saber que el escribiente ha huido de los civiles, pierde la primera ilusión, y queda curada de su amor.

Y aquí acaba, por ahora, este boceto, que puede servir para pintar luego un cuadro de costumbres más completo y más característico. Réstame solo pedir perdón al lector por la molestia que le haya causado su lectura.

EL PARAISO DEL TEATRO REAL.

Pues señor, yo creo, si VV. no se oponen, que no se le podía haber puesto á la localidad citada del citado teatro nombre ménos apropiado que el que le puso no sé quién, que, sin duda, estaria pensándolo muchos días, para salir luego con la pata de gallo de llamar á la supradicha localidad *paraiso*; y no la llamó *infierno* ó *purgatorio*, ó *limbo*, porque no le dió la gana, porque con la misma razon pudo haber imaginado esos nombres ú otro cualquiera.

Si por un milagro imposible, aunque para Dios no hay imposibles, volvieran Adan y Eva al mundo, y preguntaran en la Puerta del Sol por el Paraiso, deseosos de ver su primera vivienda, cualquiera les encaminaria al del teatro Real, y juzguen VV. cuál sería su asombro al verlo tan alto, tan despojado de todos aquellos encantos que habia en el primitivo y único

Paraiso habido en el mundo, y mucho mayor sería su sorpresa si lo vieran en una de esas noches en que no cabe un alfiler en el Paraiso, aunque yo creo, salvo el parecer de VV., que todo cabe en el Paraiso. No hay la menor analogía entre el Paraiso de Adán y su señora y el que todos conocemos, que hace el caldo gordo á la empresa del teatro en la temporada en que á la gente le da por llenarlo todas las noches, y pone más miedo en el ánimo de los cantantes que si se les viniera encima un novillo de ocho años, porque el Paraiso es muy inteligente, y no deja pasar la más leve infracción de la ordenanza musical, y apenas un cantante suelta un gallito, ya le han cogido en el Paraiso, y un murmullo amenazador indica al artista la conveniencia de que los gallos no salgan por la noche del gallinero.

Las butacas, los palcos, las localidades principales en el teatro Real, no ofrecen nada de particular, no se distinguen mas que por el lujo de sus favorecedores, entre los cuales hay quien tiene muchísimo dinero, y lo puede gastar, y quien materialmente no tiene sobre qué caerse muerto, y lo gasta, sin embargo, como si lo tuviera,—y en efecto, lo tiene, porque hay muchos medios de tener dinero.... ajeno.

El Paraiso es, en el citado coliseo, costosísimo templo elevado á la Opera por un Gobierno *dilettanti*, la localidad que tiene verdadero carácter, que tiene verdadera importancia; es, por decirlo así, la que ha de pasar á la historia, la que ha de conservarse en tradiciones, y cuentos, y sucesidos populares, cuando allá, dentro de mil años, no queden del teatro Real

más que gloriosas y costosas ruinas, ó acaso se haya elevado en su lugar suntuoso templo á la Talía española, en el que en vez de óperas italianas se representen las comedias españolas de Breton de los Herreros, Hartzembusch, Zorrilla y García Gutierrez, quienes vivirán eternamente en la memoria de su patria, como viven Lope, Calderoz, Moreto, Tirso y tantos otros.

Pero vamos, si VV. gustan acompañarme, al Paraiso del teatro Real. La entrada cuesta una pesetilla, que no es mucho, teniendo en cuenta que por treinta y cuatro cuartos vamos á oír, á aplaudir y aun á censurar, si queremos, á una *donna* que gana cada noche que canta *diez mil reales*,—y aunque parezca raro, á esta *donna* no la llamo *prima*, por más que por ese precio debe ser de *primísimo cartello*, porque la empresa me parece mucho más digna del nombre de *prima* que la *diva*.

¡Vean VV! ¡qué animacion! ¡qué apreturas! ¡qué de muchachas y uapas! ¡qué lucida compañía de *alabarberos*—(gente que entra sin pagar)—espera que empiece la ópera, para juzgar á los cantantes con toda la imparcialidad con que se juzga lo que no cuesta dinero, ni nos importa mucho que digamos.

Aun no ha empezado la ópera. El público, ese supremo juez inapelable que humilla cuando le da la gana al genio más soberbio, está colocándose y constituyéndose en tribunal inexorable, resuelto á hacer justicia seca, sin consideracion á méritos artísticos ni á belleza personal. Una celebridad, una notabilidad, traída á fuerza de oro, y pagada por muchos miles de reales, una reputacion labrada á fuerza de estudio y

de años, está expuesta á ser humillada en un solo momento ante ese juez inflexible.

Allí se está colocando una familia, compuesta de padre, madre y ocho hijos, tres hembras, y muy guapas, y los demás varones. El padre, y sobre todo la madre de esta familia, tiene pretensiones de elegante, y cuando va al teatro, va con la familia al Real, porque al Real se puede ir al Paraiso, sin que nadie tenga nada que decir, y con cuarenta reales se sale del paso. Detrás de las tres niñas están colocados tres señoritos, que frecuentemente las dirigen la palabra, sin que los padres se aperciban, porque como entre los papás y las niñas están colocados los cinco chicos, media una distancia conveniente. La madre es muy aficionada á la música, y sabe tocar la guitarra; el padre no tiene esa afición, y aunque ha visto ya todas las óperas conocidas, no podría dar razon del argumento de ellas. Al segundo acto se duerme, si la ópera gusta, que si no gusta, no le dejan dormir los alborotadores del Paraiso, y en verdad que nunca se da él razon de por qué no gusta un cantante, porque á él le parece que todos lo hacen perfectísimamente bien.

Allí, en el rincon, tienen VV. á doña Mercedes y su hija: la primera es patrona de huéspedes, por haber venido á ménos, y el huésped del gabinete, que tiene un amigo en el teatro, que le da de cuándo en cuándo tres asientos de Paraiso, regala con ellos á la mamá y á la niña, y la mamá no va por ella, sino por la niña, que tiene una gran afición á la música, y ya canta de oído todo lo que tocan por la calle los organillos, y un pianista que toca en un café la ha

aconsejado que se dedique á la ópera. El año que viene entrará la niña en el Conservatorio, y, como dice su madre, el dia de mañana puede que haya echado la pata á la Patti, y á la Grulla, digo, á la Grua, y no la tosa la Tossi, ni ninguna de las que andan por ahí ganando los imposibles á fuerza de gorgoritos.

Más allá está la tertulia completa de las señoras de Palomillas, compuesta de la mamá, tres hijas, los tres novios actuales de las hijas, los tres novios jubilados de las mismas, y los tres ó seis novios supernumerarios, las hermanas Purita y Consolacion Tristezas, solteronas menesterosas, que no se han casado porque no han querido, pero que dicen que podrian casarse si quisieran, porque lo que les sobra es quien las quiera; pero no se quieren casar por no dejar al Estado los 8,000 rs. de orfandad que cobran cada año; un estudiante de medicina, que está á cargo de estas señoras, como que es sobrino suyo, un escribiente de no sé qué oficina, con su hermana, poetisa de profesion, enamorada de Víctor Hugo, y al cual querria servir, sino como esposa, aunque fuera de cocinera ó de niñera; don Valentin y su mujer, capitán retirado él, y capitana que no quiere retirarse ella, y no pierde funcion, y aun cree que está de buen ver, opinion de que no participa ninguno de los que la conocen; doña Celestina, jóven de sesenta años, muy aficionada al monte, y no por cazar, y capaz de pedirle una *vaca* al mismísimo demonio, y don Segundo, inspector de policía que fué, y que quiere llevar á todo el mundo á la cárcel, como si pudiera.

Allí están cuatro vecinos de Titulcia, que han ve-

nido á Madrid á ver si á uno de ellos le cortan un grano que le salió hace diez años en un dedo. Estos oyen la ópera como quien oye llover, y no saben por qué aplauden los demás ni por qué silban, y creen que la *prima donna* se muere en efecto, y que el tenor se pega de veras la puñalada, y que aquel jarope que se bebe el traidor le manda más de prisa que por telégrafo á los profundos infiernos.

Aquel señor, que va de un lado á otro, y se sienta siempre cerca de una, ó de dos, ó de tres mujeres guapas, es un aficionado, que no tiene solo aficion á la música, y á quien algun esposo, ó algun padre, ó alguna moza de empuje, le plantan una bofetada á lo mejor, en contestacion á sus gracias, que no tienen gracia ninguna.

Más allá está un matrimonio.

—¿Dejaste agua al gato? pregunta la mujer.

—Sí, hija, agua tiene, responde el marido.

Y ya no vuelven á hablar, ni él ni ella, hasta que se acaba el acto primero.

—¿Si se habrá prendido fuego? dice la mujer.

—Como no haya encendido lumbre el gato, contesta el marido.

Y no hablan más hasta que se acaba el acto segundo.

—¿Conoces tú á esa de la boca torcida, que no hace más que mirarte? pregunta la esposa.

—No tengo ese honor, contesta el marido.

Y ya no abren la boca hasta que se acaba la ópera, que dice ella:

—Dame la nube.

Y dice él:

—Pues, señor, se me ha perdido el pañuelo en las apreturas.

Allí hay un grupo de inteligentes, en cuyo grupo hay distintos pareceres sobre el mérito de tal ó cual cantante, dispuestos los unos á aplaudirle y comprarle una corona, y resueltos otros á darle una grita y á echarle media libra de tomates en cuanto suelte un gallo.

Aquel otro jóven va cantando la ópera al mismo tiempo que los artistas, y carga á todos los que están á su alrededor, ménos á una rubia, que le mira embelesada, como si por aquella boca salieran, en vez de palabras malamente chapurradas en macarrónico italiano, moneditas de cinco duros. La rubia es una corista jubilada, que por intrigas no la quieren ajustar hace tres años, y él es un tenor que ha cantado con gran éxito en un café en Mahon, y luego ha venido á Madrid á pretender una plaza, y no logra más que la Mayor.

El público del Paraiso es, en general, muy inteligente, y advierte con singular acierto á la empresa y á los cantantes lo que les conviene, y juzga con justicia casi siempre. Algunas veces se ensaña con la empresa ó con algun artista de una manera ruidosa y cruel; pero es deber mio confesar, que la que hace esas manifestaciones es una pequeña parte del Paraiso. La mayoría del público de esta localidad, es ilustrado y digno, y está siempre más dispuesto al aplauso que á la silba.

Y aquí da fin este artículo, que hay otros asuntos de que tratar.

SAN ISIDRO.

Hoy es un gran día, si no llueve.

Hoy es San Isidro,—noticia fresca,—el bendito San Isidro, el hombre más humilde que ha nacido y ha muerto, el madrileño más llano y sencillo que pueden VV. figurarse, el varon justo, que mereció por su modestia y sus virtudes ser elegido por unanimidad de votos patron de la heroica villa.

Ningun diputado, ningun ministro, ningun sábio, ningun ricacho, ningun genio de esos que hacen que todo el oro de los demás pase á sus arcas, han logrado ni lograrán una fama parecida á la que goza entre nosotros el bueno de San Isidro, sin ser mandarin, ni sábio, ni rico, que para ser santo no se necesita dinero.

Hoy es gran día, repito, hoy no queremos los madrileños acordarnos de la política, porque si de cosa tan ruin nos acordáramos, ya teníamos bastante para

pasar un mal día, y esto no puede ser; el día de San Isidro no puede ser un mal día, como que en tal día, hasta los que no tienen sobre qué caerse muertos, se alegran y festejan al santo, olvidándose de que mañana estarán tristes otra vez, que es triste cosa la miseria, por más que haya muchos filósofos que anatematicen el dinero, al mismo tiempo que se dan á los demonios si no tienen todo el que desean ó el que necesitan.

La verdad es que si todos nos pusiéramos hoy á pensar en cómo nos tiene la arrastrada política, ó no iríamos á San Isidro ó iríamos todos llorando, con lo cual figúrense VV. qué bonita y animada estaria la romería.

Pero vaya la política al demonio, que es su señor natural, y vámonos á la romería, lector amigo, en el primer carruaje que hallemos. Hoy salen á lucir todos los carruajes de todas las épocas y de todas las formas conocidas, y aun desconocidas, porque salen hoy ciertos vehículos que no salen en todo el año, y cuyo origen se pierde en la noche de los tiempos. Por la forma de alguno de estos coches bien puede creerse que ya ántes del diluvio existieron, luciendo grandemente en la Fuente Castellana, el Prado, Atocha y los Campos Eliseos. ¿Quién sabe si Noé usaria para ir á los ministerios y á visitar las cepas alguno de los carruajes que van hoy á San Isidro?...

El carruaje más propio del día es el ómnibus; metámonos en aquel, que el conductor dice que hay tres asientos vacantes, pero es porque [supone que son asientos las rodillas de una señora gorda, las de un cesante de] consumos, que no está nada consumido, y

las de una robusta ama de cria, capaz de criar al caballo de la Plaza Mayor. Solamente sentándose sobre estas tres distintas personas podrán caber otras tres en el ómnibus; pero el *acomodador* del ómnibus nos hace entrar, cierra la puerta y echa á rodar el coche. Y aquí empieza Troya: los habitantes del ómnibus nos quieren comer y tirarnos por las ventanillas, despues de comernos, y nos ponen de vuelta y media, con lo cual ármase una gran conflagracion europea en aquel recinto, y una señora embarazada se desmaya, y un militar de los del Convenio nos amenaza con atravesarnos si llevara á mano la espada, y un marido cerril nos dice que nos veremos las caras en bajando, y aseguro á VV. que ver la suya no es nada agradable, y una moza de rompe y rasga, que va sola á San Isidro, nos ofrece á cada vaivén del ómnibus, que tiene un movimiento continuo de todos los demonios, ponernos los cinco dedos en la cara, y un empleado en el Ministerio de Gracia y Justicia, que honra con su presencia el carruaje, asegura que interpondrá su influencia para que se legisle sobre la materia, es decir, para que se prevea en el Código penal el caso de entrar en los ómnibus más gente de la que buena-mente cabe.

Las demás personas que ocupan el ómnibus, gritan, manotean, todas hablan á un tiempo, y llaman al mayoral, que contesta diciendo:—*¡Arre, culebra!... ¡Caballo!... ¡Caballo!... ¡Mardita sea tu estampa!... ¡Jaca!... ¡Jaca!...*

Llegamos á San Isidro, bajamos del ómnibus, y cada cual se va por su lado, sin que pase adelante la

reyerta que hemos sostenido en el interior de aquel carruaje, donde hoy es siempre el contenido mayor que el continente.

Nosotros nos iremos á echar un vistazo á la gente.

¡Cuánta muchacha bonita! ¡y cuántas feas!... Estas se distinguen porque van muy sérias, con los papás ó los tios, sin que nadie les diga nada, y con la misma gravedad que usarian en un entierro. Lo único en que se conoce que están de romería, es en que llevan en un pañuelo *torraos y pasas*, y unas rosquillas de Fuenlabrada. Las muchachas bonitas van acompañadas de sus amigos, á respetable distancia de las mamás y las tias, que recuerdan sus mocedades, y se regocijan con oír el esquilon de la ermita del labrador, y se paran á preguntar el precio de todo lo que allí se vende, sufriendo de los vendedores algunas respuestas, de que se avergonzaria el patron de la fiesta, si las oyera. Las viejas en San Isidro hacen muy mal papel, porque como la cualidad distintiva de la gente jóven no es por cierto el respeto á la ancianidad, suelen las pobres oír cada requiebro bestial y cada chiste insolente, que las deja más he-ladas de lo que están.—¡Cuánta gente hay allí comiendo sobre la verde yerba! Allí un matrimonio recién hecho, se come una pobre tortilla que le sabe á gloria; más allá una mujer, un marido, y un amigo del marido, comen un escabeche muy rico, remojado con sendos tragos de lo tinto, pagado todo por el amigo del marido, que es un *cabayero* que no queda feo en ninguna parte, aunque lo es, y que arma camorra con todo el mundo, cuya bonita cualidad le ha valido

pasear diez noches de San Isidro en la cárcel, y esta noche será probablemente la undécima que pase en aquel asilo del crimen.

En aquel pedazo de sombra están doña Mariquita con sus tres hijas y los tres novios de éstas, que han puesto un duro cada uno para festejar á San Isidro y á las niñas; allí, al sol, están un cesante, su mujer y sus seis hijos, tomando cuatro cuartillos de leche de las Navas, y renegando del Gobierno; más allá comen un cordero sabrosísimo el señor Pepe, la señora Rita, y la Petra, y Roque, y la abuela, que componen una honrada familia del Rastro, cuyo jefe es carpintero, y fué cabo de la milicia, más liberal que Riego, segun dice, y está casado con la señora Rita, que tiene fama de buena moza en el barrio, y por haber dado una bofetada á un alguacil, que le quiso echar una multa por haber tirado á la calle unas virutas á hora que no era de reglamento, y tiene por hijos á Roque y Petra, que es una chica hasta allí, mejorando lo presente, por la que están muertos todos los del barrio, y á quien desean distraer su padre para que se olvide de un señorito, que con el achaque de que era sobrino del casero y administrador de la casa, empezó á engatusar á la chica, que no quiere el bueno del carpintero que se case sino con un igual suyo, y no con un señor con mucha levita y mucha prosodia, que el mejor día la dejaría y se iría detrás de un pendon con mucha cola arrastrando, que no faltan en Madrid aventureras de estas que se dedican á distraer maridos: más allá están, alegres como unas castañuelas, las dignísimas oficialas y

aprendizas de Madama Elvira, modista famosa, terror de los padres y maridos, y encanto de las señoras y señoritas, que no les duele gastar en la hechura de un vestido lo que gana el marido ó el padre con mil trabajos en un mes ó en dos, ó lo que pide prestado con el módico interés de 50 por 100; por último, allí, en aquella piedra sentado, está un filósofo comiendo un mendrugo que ha encontrado entre los restos de uno de estos banquetes al aire libre, y contemplando á ocho ó diez perros libres, que se disputan, enseñándose los dientes, los huesos entre los cuales tuvo él la fortuna de hallar el pan.

Nos asomaremos á un café-fonda, pero no pasaremos adelante, porque no nos gusta la gritería y la confusion, ni nos hacen gracia los señoritos que se emborrachan, ni queremos exponernos á que nos rompan la cabeza con una botella ó con un vaso, ni queremos sorprender en algun rincón alguna misteriosa pareja, ni nos regocija ver algun primo, que paga pavo trufado y tísico, y Champagne hecho en Madrid, y cabeza de jabalí á algunas pájaras de cuenta, que no les importa maldita la cosa que aquel mozo se gaste con ellas un sentido y deje sin comer á su mujer, ni nos divierte ver los apuros de un pobre marido que se ha metido á comer allí con su mujer, creyendo que los precios serían los ordinarios, y los halla tan extraordinarios, que tiene que dejar en prenda el reló, por no ser suficiente el dinero que lleva.

¿Iremos al Tio Vivo? Nó, que allí hay mucho vino en los estómagos correspondientes á los que se columpian, ó dan vueltas en los caballitos de madera.

¿Nos acercaremos á aquel baile?... Tentador es por cierto, y curioso, eso de ver á cuatro mozas buenas y cuatro buenos mozos, que nada tienen de buenos, mover el cuerpo á compás de un par de guitarras; pero hay mucha gente, y entre esta gente algunos prójimos dedicados á encontrar todo lo que no se pierde. ¿Entraremos en la ermita?... Sí, á rezar á San Isidro bendito, para que pida á Dios un buen Gobierno para España; pero no entraremos, porque hay mucha gente, y apreturas é irreverencias, y no se puede rezar bien en medio del bullicio, y oyendo alguna obscenidad, y teniendo á los lados, y delante, y detrás, muchas guapas, capaces de quitar, sin querer por supuesto, la devocion al más devoto. Pues ¿qué haremos?... Volvemos á casa.... pero, ¡calle!... ¡cómo corre la gente! ¡con qué prisa corren los vendedores!... ¿Se habrá armado la gorda?... ¿Habrà alguna riña?... Nó, es que llueve.... ¡Válganos María Santísima! ¡qué chaparrón!... Las mujeres corren con los vestidos por la cabeza, los hombres se ponen los pañuelos en los sombreros, los coches huyen.... nadie puede entrar en un ómnibus por ménos de un duro, y el santo bendito sufre los apóstrofes un poco significativos de los vendedores, y bendice, sin hacer caso de la ofensa, al noble pueblo de Madrid, saludándole con una lluvia, que si es importuna para los hombres y las mujeres, es muy provechosa para el campo, al que tanta afición tuvo siempre el santo labrador.

A VV. les parecerá que no nos hemos divertido. Pues sí, señores, hemos gozado extraordinariamente

viendo al generoso pueblo celebrando al santo patron, que siempre es un consuelo, en medio de esta confusion y este descreimiento, que el pueblo conserve sus tradiciones, y se acuerde siempre de aquellos varones que, como San Isidro, fueron ejemplo de humildad y de cristianas virtudes.

Hoy es un gran dia; hoy no es dia de política. Hoy no puede haber revolucion; hoy no hay sesion de córtes, hoy no habrá crisis, ni jugadas de Bolsa, ni se perderá el tiempo hablando en vano de politi-quillá.

¡Viva San Isidro! y que VV. se diviertan.

EL PREMIO GRANDE.

Mañana es el sorteo de la lotería.

A estas horas hay infinidad de personas pensando en una misma cosa.

En ninguna otra cuestión se advertirá semejante identidad de pareceres.

Todas esas personas piensan en los seis millones de la lotería de Navidad.

Parece imposible que tanta gente piense en tan miserable cosa como es la cifra del premio gordo de la lotería gorda de Navidad.

¿Para qué demonios sirven seis millones?...

Pero vaya V. á decir eso á los visionarios de la lotería, y todos le contestarán á V:—«¡Quién los pillara!»

Supongamos que esos seis millones le caen en suerte á un avaro. Ahí tienen VV. un hombre que, con seis millones más, le crecerá su avaricia seis millones, y será tan pobre hombre como si no tuviera un ochavo.

Son seis millones que no sirven para nada.

Supongamos que le tocan á un derrochador, libertino, jugador, trapisondista. ¡Apénas puede hacer daño el hombre con seis millones! Puede perder á jóvenes inexpertos, puede echar por tierra la virtud de pobres mujeres, puede engañar á muchísima gente honrada, puede abreviarse la vida de una manera notable, puede hacer borracho al que no ha bebido nunca mas que agua, puede, en fin, hacer cien mil disparates y comprometer á no pocos de sus prójimos.

Que le caen los seis millones á un hombre modesto, sencillo, confiado, amable, y le convierten en vanidoso, soberbio, receloso, brusco, insoportable. Ya no creará en el amor de sus parientes, ya no considerará fiel á ningun criado, ya creará que todos sus amigos son amigos interesados; si no es casado no se atreverá á casarse, temiendo que le quieran únicamente por los seis del pico; dormía tranquilo, y ya dormirá sobresaltado, y luego envidiará al que tenga un título de marqués, y deseará honores, y acabará por echar de ménos la dulce tranquilidad de la época en que no tenia un cuarto, y se compraba en la ropería un gabán cada cuatro inviernos, y nunca se acordaba de los ladrones, y tenia las novias á docenas, sin tener él otro atractivo que su linda cara, que nunca ha tenido nada de linda.

Figúrense VV. que le caen los seis millones á una familia, retirada, por economía, á una provincia. Como si lo viera, al instante levantamiento de sitio, digo, de casa, y á tomar el tren para Madrid. El padre toma en Madrid una casa de 48,000 rs., coche,

criados, etc., etc. La mamá y las niñas quieren dar bailes y convites, y los dan, amen de tener abono en el Teatro Real; el hijo compra dos caballos para ir á hacer el oso por la Fuente Castellana. La mamá está de buen ver, y un gallo quiere hacerle el amor; ella le envia á paseo; él, despechado, cuenta una barbaridad; lo sabe el marido, y se efectúa el desafío consiguiente. El galán, que es gran tirador, atraviesa al marido con el florete las dos pantorrillas, y el pobre marido tiene que estar medio año en cama, y entre cuatro ó cinco médicos de fama le llevan diez ó doce mil duros. Una noche, al salir del Teatro Real, una de las niñas coge una pulmonía, y á los siete dias el duelo se despide en el cementerio: pasan unos cuantos meses, y una tarde el caballo tira al muchacho contra un guardacanton en el paseo de Recoletos; pasado el tiempo del luto, la otra niña se casa con un pillo, que le gasta los dos millones de dote en poco tiempo, y en fin, á la vuelta de seis ú ocho años, el hombre de los seis millones, está sin hijos, enfermo, triste, y maldiciendo el poco dinero que le queda. Los seis millones le han perdido.

Si los seis millones le tocan á un hombre de esos extraordinarios que tienen veinte ó treinta ó cuarenta millones, ¿para qué demonios los quiere? Ni siquiera se lo agradecerá á la suerte.

Francamente, creo yo que si me cayeran á mí los seis millones, habia de tener un gravísimo disgusto. ¡Cuidado que iria yo por ahí hecho un tonto con tanto dinero! como que me parece que habia de darme vergüenza salir á la calle.

¿A quién le caerán?... Quisiera yo ver á ese que se creerá afortunado mortal.

Como no se muera del susto, ya puede decir que es hombre que tiene por sangre horchata de chufas.

Ejemplos ha habido de caerle á uno el premio grande y morirse del susto.

Esto es para que se convenzan VV. de que el premio grande puede hacer el efecto de un cañonazo.

¿A quién le caeran, repito, los seis millones? Quisiera yo ver la cara que pone un hombre al recibir seis millones, que le caen como llovidos del cielo, y le pertenecen legítimamente.

El hombre de los seis millones, debe ser un fenómeno curiosísimo, visto por fuera y por dentro.

En el momento de recibir el dinero, se le pondrá la cara de todos los colores conocidos, el corazón le dará tal vuelco, que se le bajará al estómago, y el estómago se le subirá á la garganta, y el hígado se le saltará encima de la rabadilla.

La emoción debe ser horrible: los seis millones no son seguramente compensación suficiente.

Si los seis millones le tocan á un hombre que era feliz ántes de tenerlos, ¿será más feliz después?

Nó, señor, á lo que se expone grandemente es á ser ménos feliz.

Y si los seis millones le caen á un hombre, que es un desgraciado, ¿remediarán completamente su desgracia?

Creo que nó.

Supongamos que le tocan á un padre que tiene una hija liviana y un hijo ingrato... Aunque le caiga

encima todo el dinero del mundo, será un padre desgraciado.

El marido que tiene una mujer que le pone en ridículo y él la quiere, y le duele su honra mancillada, y vive desesperado, ¿recibirá gran consuelo con los seis millones?

Los despreocupados dicen:—«Los duelos con pan son ménos;—pero para las almas sencillas, para los corazones generosos, para los que no llevan la despreocupacion al límite que se llama desvergüenza, hay penas y dolores que no adormecen todos los millones del mundo.

Y sin embargo, el pobre y el rico, el feliz y el desgraciado, el jóven sin mundo y el viejo, que tiene más mundo que quisiera, el mendigo y el magnate, el que está falto de todo, y el que tiene sobra de todo, todos piensan en el premio gordo, y esperan con la mayor impaciencia que llegué el día 23 de Diciembre.

¡Ilusiones! Todos se hacen la de que siendo favorecidos por la suerte, cambiará su situacion, y podria ser en efecto que la situacion material cambiara; pero si fuéramos á profundizar allá en la conciencia del que llega á realizar sus deseos en este mundo...

Al que le toquen los seis millones, le sobraré el dinero; pero algo sentirá que le falta, yo no sé decir qué será lo que le falte, pero algo le faltará todavía.

La condicion del hombre es anhelar siempre, anhelar lo que no tiene, y cuando lo tiene, desear otra cosa, y otra luego, y es imposible que deje alguna vez de faltarle algo.

Por eso, el mejor medio de evitarse cada cual estos quebraderos de cabeza, es contentarse con lo que tiene.

Solo el que no tenga nada no puede contentarse con lo que tiene, ó con lo que no tiene; pero ¿para qué tienen los que tienen?

Para ejercer la caridad con sus hermanos.

¡Esta sí que es una satisfaccion más tranquila, más consoladora, ménos expuesta á temores y sobresaltos que la del que saque los seis millones de la lotería próxima!

Yo deseo que el premio gordo se reparta siempre entre personas necesitadas, y sentiré que le vaya á caer á algun ricachon.

Y si por azar le cae á algun rico, creo que lo mejor que puede hacer es partirlo conmigo.

Yo no quiero que á mí me caiga, pero recibiré la mitad si me la da el favorecido, y crea firmemente que seré su mejor amigo, y en mi vida le volveré á pedir un cuarto, y cuando se muera, derramaré una lágrima á su memoria.

LOS TRANSEUNTES.

Cuando el diablo no tiene que hacer, con el rabo mata moscas.

Yo, que no soy diablo, cuando no tengo que hacer no mato moscas con rabo ninguno; lo que hago es *matar el tiempo*.

Pero á mí no me gusta matar el tiempo, como les gusta á muchos, sin provecho propio y ménos ajeno: así es, que lo que hago es echarme á la calle,—y no vayan VV. á tomar la frase en sentido revolucionario —y ver lo que hay,—repito lo mismo,—ver la gente que va por la calle, verla, observarla, curiosearla, seguirla.

Y con estas y otras observaciones, aprovechando todas las ocasiones, todos los momentos, todos los actos, por insignificantes que sean, todas las frases, todas las fisonomías, todas las acciones de mis compratotas, voy adquiriendo datos para estos estudios de costum-

baes, que con tanta benevolencia reciben VV., señores y señoras.

¿Dónde irá esa señora con ese lacayito tan cuquito?

Esa debe ser alguna dama encopetada, y debe ir á algun asunto interesante.

Pero nó, no debe ser cosa muy interesante el asunto que le ha hecho salir de casa, porque se va parando delante de todos los escaparates de las tiendas de modas.

Ahora entra en aquella; le ponen una silla, hace revolver todas las telas, terciopelos, cachemires, encajes, etc., etc.

Ahora entra en aquella otra, y se repite la misma escena.

Y luego en otra, y en otra luego.

Vamos, compra en aquella yo no sé qué. ¡Con qué solicitud y amabilidad la sirve el mismo dueño de la tienda!

Ya le entrega al lacayito el envoltorio, y el lacayito lo toma, quitándose el sombrero. ¡Calle! y no paga la cuenta.

A ese precio ya compraria yo muchas cosas, que ahora me paso sin ellas, por falta de *posibles*.

Ahora entra en aquella joyería, y poco despues sale con una cajita que, por su forma, parece que contiene un aderezo, y no de aceite y vinagre. Tampoco lo ha pagado.

Pues señor, el sistema ese de comprar sin pagar al contado, me va gustando un poco.

Pero ¿dónde ha dejado el coche esta señora? Porque teniendo ese lacayito tan mono con su librea, que

parece una mosquita en leche, debe tener coche forzosamente.

¡Calle! entra en la casa donde vive mi amigo don Anastasio, que hace poco tuvo que vender el tren, ó se lo limpiaron bonitamente para pago de acreedores...

¡Toma! ¿Pues no ha de entrar si es su mujer?

Vamos, ya entiendo, este matrimonio está en la agonía de la fortuna, y ha conservado para esplendor de la señora el lacayito, que es una de las pocas cosas que no se le pueden embargar á nadie.

Gracias al lacayito, le fian en alguna tienda.

—
¿Dónde va esa señora gorda?

Sigámosla.

¡Hola! entra nada ménos que en el ministerio; los porteros la saludan como si fuera una antigua conocida.

¡Báh! ya lo entiendo; esta es una de esas señoras que se dedican á pretender. Siempre tiene algo que pedir para su marido; cuando éste está cesante, pide la reposicion; cuando le reponen, que le trasladen á tal ó cual parte; cuando le trasladan, que le asciendan; cuando le ascienden, que le den licencia para llevarla á los baños de Carratraca; cuando le dan licencia, que el habilitado le adelante dos pagas.... y cuando no tiene qué pedir para su marido, pide para su cuñado, ó para su sobrino, ó para un amigo, ó para el zapatero del portal, ó para las ánimas benditas en la puerta de una iglesia, ó papeletas para ver la casa de fieras y la historia natural.

Ya sale del ministerio con una cara que indica bien á las claras que no la han recibido; ahora se mete en el café, y toma un dulce con un panecillo.

Se conoce que tiene mucho que andar todavía, y que no le gusta ir de vacío.

¿Y por qué se vuelve ahora tantas veces?... ¿Qué es lo que mira?

¡Ah! ya entiendo. Mira á ver si la sigue ese señor gordo, que es un amigo de su marido, que apenas la conoce.

Esta señora gorda tiene, entre otras debilidades, la de creer que todos los hombres la siguen, y que á todos enamora con su *buen aire* y gentil talante.

Ya me explico por qué sale tanto á la calle, y se da todos los dias un paseo por las principales de Madrid.

Ella no haria caso á ninguno, si alguno se lo hiciera á ella, porque es honrada mujer; pero eso no impide que sea tonta de capirote.

Nadie la sigue, ni repara en ella; pero ella se queja constantemente del atrevimiento de los hombres del dia.

Por supuesto que aquel señor gordo no la mira siquiera; va él demasiado entretenido para eso, como que va á la Audiencia á celebrar juicio de conciliacion con un inquilino que le debe veinte mil reales, y le está entreteniendo hace dos años. Si le debiera un mes de alquiler de una guardilla, ya le hubiera puesto de patitas en la calle.

¡Feliz matrimonio!

¡Cinco niños y un pedido!

¿A dónde va este matrimonio? A paseo. Va á pasear su felicidad por la feria. El marido va aburrido con el peso de la familia, y la esposa con el peso del nuevo vástago que va en su interior, que acaso le pesa más al padre que á ella misma.

A cada momento la mujer se para á descansar, y el marido, cuando se para su mujer, y echa á correr para detener á los chicos, que siguen andando, y les puede atropellar algun coche, ó se les puede llevar algun mal hombre, acaso un vampiro: de modo que, cuanto más descansa la mujer, más se cansa el marido. De pronto la mujer se detiene delante de un escaparate y queda absorta. ¿Que es lo que ve? Un pañuelo de Manila, que vale poco, pero que vale quinientos reales, que es mucho dinero para un marido que tiene cinco hijos y otro en la aduana.

Y el caso es que á la señora se le ha antojado. No hay más remedio que comprarlo. Los chicos, viendo que á mamá le compra papá un pañuelo, quieren tambien algo, y empiezan á pedir.

Admiremos la filosofía de este héroe, que pasa muy cerca de la fuente de la Puerta del Sol y no se zambulle en el pilon.

—
Ahí va una modista con el lio.

¿Cómo es que va sola?

Es que la pobre es fea, porque no hay modista bonita que no tenga quien la acompañe.

—
Pero aun es más fea la dama á quien va á probar

un traje de baile, y más vieja, y más antipática.

Ella es una buena muchacha, que trabaja noche y día y gana una miseria.

Ya se ha convencido de que no se casará; pero es triste pensar que si tuviera, aunque no fuera más que tres ó cuatro mil duros de renta, querrian casarse con ella más de ciento, ¡toma! aunque fuese todavía más fea, aunque fuese espantosa.

—
¿Qué es eso?

Un pillete insultando á un hombre gordo.

Ha pasado junto á él y le ha pisado en los cinco dedos de un pié, que es lo mismo que decir en cincuenta callos, á diez por pié; el señor gordo le ha llamado *bruto*, el pillete le ha llamado *tío*, y al fin, el señor tiene que ser el primero en callar, temiendo que todavía el otro, despues de haberle pisado y escarnecido, le arrime un navajazo.

Pero nó, no tenia intencion de arrimarle tal cosa, y lo echa de ver el buen señor, cuando queriendo saber la hora que es, se encuentra con que no la puede saber, si no lo pregunta ó se compra otro reló, porque el que tenia, ya voló, es decir, se lo llevó el pillete.

—
¿Y ese que va corriendo?

¡Ah! va detrás de aquel coche.

¿Quién irá en aquel coche?

Algun ministro, algun director, alguno que puede hacer hombre á ese que tiene de hombre todo ménos el gusto de poder comer y vestir, y pagar casa.

Es un pobre pretendiente, que todas las noches

duerme en el Prado ó en Recoletos, y sueña que es Adan, que está en el Paraiso, y todas las mañanas ve al despertar que es Adan sin el Paraiso.

—
¡Bonito espectáculo!

Una muchacha guapa, y detrás de ella, mirándola con amoroso afan, un viejo verde y un pollo amarillo.

El vicio en la vejez y en la juventud.

No hay nada más repugnante.

El viejo no se acuerda de que ha cumplido ya una edad, en la que todos los dias hay que esperar la visita de la Muerte, una dama que no nos visita más que una vez, y que llega cuando más descuidados estamos.

El que debe, espera siempre que un dia le pidan el dinero.

El que vive debia estar preparado siempre para el dia en que ha de venir la muerte á pedirle la vida.

—
¡Pobrecito!

Este es un hombre pusilánime.

Si hubiera tenido desparpajo, osadía, desvergüenza, estaria acaso erguido, bien vestido, orgulloso.

No ha tenido nada de eso, y pide una limosna, es decir, ni á pedir una limosna se atreve. Ahí está arriado á la pared, esperando, acaso en vano, que alguno adivine que se está muriendo de hambre.

—
Y ahora me voy á casa.

Pásenlo VV. bien.

DEBILIDADES HUMANAS.

Han de saber VV. que, bajo el epígrafe que acaban VV. de leer, voy á escribir, si Dios me da vida y salud, unas cuantas páginas, que, por ser mias, no serán buenas, pero en las que voy á decir muchísimas verdades, así, á la buena de Dios y sin conatos de ofender ni mortificar á nadie, pero con la santa intencion de poner en evidencia una infinidad de pequñeces y ridículas manías que se han apoderado de ciertas gentes muy apreciables y todo lo que se quiera, las cuales necesitan que un alma buena les haga ver que lo que hacen con la mejor voluntad y deseo de parecer bien, ó de que el mundo repare en ellas, produce precisamente el efecto contrario.

El afan de figurar es uno de los vicios que ha hecho más prosélitos en esta época.

Hay varios medios de figurar, y de todos trataré en este artículo; ahora me concretaré á decir cuatro

cosas acerca de los que quieran figurar, haciendo que su nombre aparezca en los periódicos, y dan en estos cuenta de lo que hacen, de lo que piensan hacer, y en fin, de todo aquello que á nadie le importa dos cominos.

Estos dias de Semana santa han visto VV. en los periódicos de noticias sueltitos por este estilo:

«El señor D. Fulano sale á pasar estos dias de Semana Santa en el Escorial.»

«En el tren de anoche salió para Toledo el señor D. Fulano, que regresará en el tren de mañana.»

«Los señores de Tal salen hoy para Jadraque, aprovechando estos dias de Semana Santa para ir á ver á su abuelo.»

«Doña Fulana de Tal pedirá mañana en la Iglesia de San Pedro ó de San Juan.»

«El conocido actor D. Fulano ha salido á matar conejos en el Sotó de Migas-calientes.»

«El conocido escritor D. Mengano llegó ayer á Baraona, de donde regresará el dia de Pascua.»

¿Y qué? dice el lector, que lee estas simples noticias simples,

No parece sino que en D. Fulano y D. Mengano y Doña Fulana y D. Perencejo está fija la atencion del mundo entero, y que, fuera de sus parientes, su cocinera y el aguador, le importe á alguien que vayan ó vengan, ó entren ó salgan.

Y luego, las noticias son tanto más ridículas, porque todo el mundo comprende que quien las da no es el complaciente periódico, sino las mismas personas interesadas, que acaso ellas mismas escriben el suelto

y le envían; porque ¿quién no tiene amigos en algún periódico? y tan pequeño favor no se lo han de negar los periodistas, que se precian de galantes.

Pero es una ridiculez, es una tontería, una inocentada suponer que esas noticias personales, tratándose de hechos insignificantes y que pertenecen á la vida privada, pueden dar importancia á nadie. Los que saben cómo y por quién se dan esas noticias, se rien de ellas, y los lectores, que ignoran esas cosas, todo lo más que dicen es:— Pero hombre, ¿quién es ese señor de quien hablan tanto los periódicos?... Y cuando les dicen quién es, y se convencen de que es un caballero ó una señora que no tiene nada de particular, exclaman:—«¡Qué tonterías ponen en los periódicos!»

Ha cundido tanto este afán de verse impreso, que habrá ya pocos españoles,—solamente los habrá en las aldeas,—cuyo nombre no haya sido impreso en algún periódico.

¿Qué me dicen VV. de esos sueltos en que se da cuenta de las reuniones que celebra en su casa, no una persona importante, sino cualquier D. Fulano de Tal, que tiene lo bastante para gastarse 500 rs. en dulces y helados, y un jamon en dulce, y unos pajaritos, y un piano alquilado?... Está en su derecho, á nadie ofende con tener reunidos en su casa á sus amigos; pero francamente, no es ese un acontecimiento de tal importancia que merezca ser conocido en todos sus detalles por cien mil personas que leen los periódicos. De estas cien mil personas, diez y doce guardan el número del periódico como oro en paño, porque allí está su nombre; doscientas comentan el suelto como

quieren, tres ó cuatro se quedan con la boca abierta, y las demás dicen:—¿y á mí qué? ó no dicen nada, porque, en viendo el epígrafe del suelto, pasan á otro asunto.

Por supuesto que hay gentes tan inocentes que suponen que quien logra un suelto de esos es ya, por solo ese suelto, persona de suposicion, y que todo el mundo, cuando va por la calle, le mira con admiracion y respeto, y muchas familias modestas, que no pueden permitirse los gastos que ocasiona el divertir y entretener á los amigos, caen tambien en la tentacion de figurar en las gacetillas, y abren sus salones, que son una sala, un gabinete y una alcoba, ésta para que dejen los sombreros los caballeros encima de la cama de *papá*, y así se aficionan al lujo y adquieren la vanidad jóvenes incautas y sencillas, que todo lo más á que pueden aspirar es á casarse buenamente con algun emplado de mediano sueldo, ó con algun médico de partido, ó con algun farmacéutico que tenga quien le dé la mano para poner una botica.... Y es claro, ¿cómo se ha de casar con ninguno de estos honrados jóvenes una niña de quien tanto han hablado los periódicos, llamándola bella, seductora, encantadora, hada, hurí, reina, princesa y demás hipérbolles de cajon?... ¿Qué ménos marido ha de admitir que un diputado ó un conde, ó un banquero, ó un trapi-sondista de esos que hay que aparentan mucho y son lo que Cascaciruelas, y no tienen mas que trampas, y ningun inconveniente en hacer infeliz á una mujer, y aunque sea á diez?

Así hay tantas solteras, contra su gusto, que están

esperando quien las merezca, y llegan á la edad en que las mujeres empiezan á perder de vista la Vicaría sin haber merecido lo que esperan; así hay tantas que prefieren casarse con un viejo que tenga el riñon bien cubierto, aunque sea una plepa; y así las hay mucho más desgraciadas todavía, que se pagan de apariencias y se llevan solemnísimos petardos, y con toda la celebridad que creen tener se quedan corridas como monas y en situacion espectante por todo el resto de su vida.

Es mucha la gente poseida de ese afan de figurar. No hay empleado, por pequeño que sea su sueldo é ínfima su categoría, que se contente con que su nombre conste en el escalafon correspondiente. Es preciso que cuando le nombren, ponga un periódico:

«D. Fulano de Tal ha sido nombrado auxiliar vigésimo quinto, etc. Aplaudimos este nombramiento y damos la enhorabuena al interesado.»

Y creerá el D. Fulano que esta noticia le importa lo mismo á España que si fuera el nombramiento del nuevo ministerio, y desde el dia en que ha parecido su nombre en un periódico, toma cierto aire de persona importante, como que para él mismo lo es, y mucho.—Es una debilidad como otra cualquiera

No hay aficionado á tocar el clarinete ó el cornetín ó el violin, de quien no hayan hecho los periódicos los mayores elogios, porque una noche tocó en casa de un coronel retirado, acompañando á la señora, y otra en la de la viuda de Martínez, que tuvo tienda de vinos por el propio cosechero, y otra en la del señor Pipitaña, que fué del Ramillete de Palacio, aun-

que siempre habrá sido demasiado feo para figurar en un ramillete, y otras en el café de la Rivera de Curtidores.

Todo aquel que sabe hacer cuatro juegos de manos de mala muerte; el que escribe un soneto á la muerte de una tia monja, ó en el nacimiento del chico de una vecina; el que va á los baños de Archedona para quitarse una carraspera que tiene desde una noche de Carnaval, que se le perdió el gaban y tuvo que volver de levita á su casa, acompañando ántes á tomar café y tostada á dos magas muy magras; el que tiene precision de llevar á su mujer á Carratraca; el que pinta de aficion, y ha expuesto el retrato de su hermana, que es más fea que un coco, en un almacén de papel de hilo y fósforos de cerilla y de carton; el que se encuentra cuatro cuartos ó 4,000 duros, que lo mismo es para devolverlos, y los devuelve á su legítimo dueño; el que entra en un periódico á traducir el folletin, con ayuda del diccionario; el que representa en su casa, ó en la ajena, comedias, degollando sin piedad á los autores más célebres; la que ha bordado una petaca para regalársela á su novio, cuando lo tenga; el que se ha quedado viudo y está tan inconsolable como V., á quien no se le ha muerto nadie, ni Dios lo quiera; el que se hace hermano de una cofradía, ó lleva una vela en un entierro.... en fin, todo el mundo ha de estar dominado del deseo de celebridad, y ha de hacer á los periódicos cómplices de este ridículo deseo, de esa necia manía, de que debieran curarse los que no quieran que se les tenga por tontos de capirote, que se necesita ser muy romo de enten-

dimiento para figurarse que aquí donde un ministro no puede darse importancia, y el hombre más ilustre y eminente pasa por la calle sin que nadie fije en él la atención, y la más noble y hermosa dama va, si se ofrece, á comprar patatas por mayor, para que le salgan más baratas, y nadie repara en ella, ha de preocupar grandemente á los grandes, y á los chicos, y á los altos, y á los bajos, al público, en fin, lo que hace ó lo que piensa un D. Perico de los Palotes, que no tiene ciencia, ni letras, ni virtudes, ni vicios, ni dinero, ni motivo ninguno para que, para bien ni para mal, se acuerden jamás de él los periódicos.

Y aquí doy fin á este primer latigazo á los tontos de la cabeza; celebraré que sirva de algo y alguno se corrija.

—
Lector amigo, ahora te voy á hablar de los *embusteros*. Siendo la *mentira* el vicio á la moda, los embusteros son personas importantes y que en todas partes y en todas las clases están en primer término.

Grande es el numero de los tontos y de los embusteros, y bien puede afirmarse que hoy por hoy el mundo es suyo.

La *mentira política* reina aquí tiempo hace. Los embusteros políticos nos traen y nos llevan como les da la gana, hace muchos años, y por eso en política todo es una pura mentira. Todos los hombres políticos están pidiendo siempre un presupuesto verdad, una ley verdad y otras verdades, lo cual indica bien claro que hay mucha mentira.

Háganme VV. el favor de decirme si ha sido ver-

dad lo que se ha dicho sobre Hacienda por los que en algunos años han manejado la cosa pública; el lastimoso estado de aquella dama de todos los pensamientos, es la prueba más categórica de que se nos ha querido hacer tragar ruedas de molino.

¿Y qué me dicen VV. de los programas ministeriales?... Todavía no he visto yo uno fielmente cumplido; luego estoy en mi derecho para decir que son mentira gorda. Los programas ministeriales, y los programas de partido, y los programas de los que quieren coger el mando, son siempre una cosa en el dicho y otra en el hecho, es decir, que son mentira; y que me pruebe el que pueda lo contrario.

La mentira es, en el orden político y moral, uno de los más acreditados agentes de la corrupción.

Por la presente, todas son exageraciones en la política, de donde deduzco que la política moderna es, en general, una mentira muy grande, y dos cuartos doy á quien me pruebe que esta no es una verdad.

¡Cuántos perjuros! ¡cuántas promesas no cumplidas! ¡cuántos convenios rotos! ¡cuántas contradicciones monstruosas! ¡cuántas mentiras, en fin, podría señalar, si tuviera tiempo y humor y si VV. no supieran todo eso tan bien como este último servidor de Dios y de VV!

¡La mentira! ¡la calumnia! ¡la adulación! He aquí el gran poder del siglo; he aquí lo que vale, en apariencia, más que la verdad; lo que ha pervertido nuestras costumbres políticas y sociales, trayéndonos á esta confusión en la que no nos entendemos, á esta merienda de negros de donde huye la verdad horripilada.

La calumnia y la adulacion ayudan grandemente á la política moderna. Aquella, dice Jouy, obra como una rueda de engranaje en el mecanismo de la mentira universal, cuyo gran motor es la política. Bajo el nombre más modesto de maledicencia ó murmuracion se ocupa en zaherir las virtudes, en desmoralizar las acciones más honradas, en rebajar todo lo que es grande y en reducir todas las grandezas del talento á las viles dimensiones de la intriga y del interés.

He leído, no sé dónde, esta definicion de la adulacion:—«Un comercio baladí, en el cual se devuelve fielmente mala fé por mala fé, y en el que todo sirve, ménos la verdad.»

Dejaré la mentira política á un lado; dejaré á los embusteros políticos, que son gente incorregible y que harán el mismo caso de lo que yo diga que de la carabina de Ambrosio colgada de un palo.

No va V. á ninguna parte donde no tropiece con un embustero ó varios. Todas las muchachas guapas tienen una escolta de embusteros, que les hablan de amor, sintiéndole lo mismo que el caballo de la Plaza Mayor, y muchas de aquellas son, al fin y al cabo, víctimas de algun embustero malvado, porque la mentira es más favorablemente oida que la verdad.

Ponderen VV. las verdaderas virtudes de una mujer cualquiera, y todos lo oirán casi con indiferencia; pero póngase un embustero á referir los devaneos de una dama, devaneos inventados por él, y todos le darán crédito y le oirán con vivo interés, y darán toda la posible publicidad á la mentira.

¿A qué otra cosa que á la mentira y á la farsa se

deben esas quiebras, esos truenos de compañías de crédito y particulares?... No hay vividor que no encuentre quien le crea y le preste su ayuda; el que armado de la mentira se presenta, tiene adelantado, para lograr sus fines, mucho más que el que se presenta con la verdad por delante. Y es que es ya tan rara y poco frecuente la verdad, y tan acostumbrados estamos á la mentira, que ésta nos parece la verdad.

Generalmente se da poquísima importancia á las mentiras que no parecen trascendentales; hay hasta quien oye con gusto á un embustero, sabiendo positivamente que tiene por costumbre no decir palabra de verdad. Este es un gravísimo mal. La mentira, por insignificante que sea, es repugnante y debe combatirse. Un niño á quien no se le corrige el vicio de mentir, puede ser, cuando hombre, muy peligroso para la sociedad. Si los niños se acostumbrasen á la verdad, si los padres pusieran especial cuidado en no dejarles pasar la mentira más insignificante, mirarian con horror la mentira, conocerian la fealdad de este vicio, y otra sería la sociedad. Una niña que le miente á su madre, le mentará luego al amante, al esposo, á sus mismos hijos; y ¿cómo habrá de corregir en éstos la mentira?... Un niño que miente en su casa, mentará cuando hombre á sus maestros, á sus amigos, á su patria.

La mentira es la madre del orgullo, de la hipocrésia, la malicia y la envidia. Es lo que más daño hace en el mundo.

En el matrimonio más feliz del mundo, una mentira dicha inocentemente por el esposo ó por la espo-

sa, puede ser la pérdida de la bendita paz que debe reinar en los buenos matrimonios.

¿Quién no conoce á algun embustero de café?...

Este embustero es un hombre que tiene por oficio cualquiera y por profesion mentir. Miente sobre política, y hace creer las noticias más absurdas é inverosímiles, y muchas veces los periódicos dan noticias que no tienen otro origen que el de haberlas dado un embustero de café. ¡Desdichadas las mujeres que tienen por amigo, ó simplemente conocido, á uno de estos empedernidos embusteros! El hablará de ellas de modo que todo el mundo las crea frágiles y alegres de cascos, aunque sean modelos de virtud. Tenga V., caballero, por amigo un embustero de esos; no le haga V. algun favor que le pida, contradígale V. alguna mentira, y ya verá V. cómo se venga de V. contando mentiras, que es una atroz venganza, porque podrá haber quien no las crea, pero basta con que encuentre algunos que las crean para que éstas corran y corran, y le pongan á V. en evidencia.

Y pídale V. luego cuenta de las mentiras, que ya hallará modo de hacerle á V. creer que él no las ha dicho, y hasta que las ha oido, y le han indignado, y las ha desmentido.

Estos embusteros hasta la verdad la convierten en mentira, porque la verdad la exageran y la desfiguran, porque es imposible que digan ellos la verdad una vez.

Hay embusteros de infinitas clases.

Los unos son embusteros con alevosía, premeditacion y ensañamiento, como los asesinos; dicen la men-

tira para perjudicar ó perder á otra persona, y debian ser castigados como el ladron doméstico.

Otros son fanfarrones del amor, seductores afortunados, que en su vida se acercan á una mujer, y si se acercan reciben un sofion ó un revés, y sin embargo, se vanaglorian de no hallar quien les resista,—y es verdad, que no se les puede resistir,—y así cuentan sus aventuras con mujeres casadas como con inocentes colegialas. A veces, uno de estos embusteros, que son, además de embusteros, osados é indiscretos, suelen recibir una bofetada de cuello vuelto, bien merecida; pero no por eso dejan de seguir siendo embusteros, porque al fin y al cabo, la bofetada no la oye todo Madrid, ni los periódicos dicen nunca:—«Ayer dieron dos bofetadas al apreciable D. Fulano, porque estaba diciendo infames mentiras.»

Otros tienen por costumbre hacer creer que lo saben todo, que de todo entienden, que á todo el mundo conocen, que con todo el mundo comen, que las personas más eminentes se honran muy mucho con su amistad, que tienen gran influencia, que hacen favores á todo el mundo, que gracias á ellos se hacen todas las reformas políticas, que escriben en los periódicos, y que van á ser todo lo que quieran. Con estos embusteros suelen suceder lances graciosos. Recuerdo que un dia, en la Puerta del teatro Real, contaba uno en un corro donde se hallaban varias personas, que aquel dia habia comido en casa de lós duques de M....

El duque de M... que le oía, y que á veces tiene gracia, contestó:

—Es verdad, sí, señor, el cocinero me dijo que le

permitiera tener hoy un convidado, y habrá sido V. sin duda el que ha honrado mi cocina.

El embustero se quedó corrido entónces, pero sigue mintiendo como un descosido.

En todos los teatros hay espectadores que conocen y tratan á los actores y á los autores, y sobre todo á las actrices, y acaso no han pasado en su vida de la puerta del vestuario.

¿Y los que, siendo unos pobres peleles, que ni tienen ni merecen tener dos pesetas, quieren hacer creer que son oficiales de secretaria, cesantes, escritores públicos perseguidos, ó conspiradores pregonados, hombres, en fin, que tienen por cualquier concepto una gran importancia?

Estos, sobre ser embusteros, son tontos.

En los límites de mi artículo no es posible clasificar todas las familias de embusteros que se conocen. Dejo, pues, pendiente el asunto, que merece ser tratado despacio, porque la mentira es el origen de todos los males.

EL DEBER.

—
VV. creerán que les voy á hablar de los deberes del hombre y de los de la mujer, que todos y todas sabemos cuáles son, aunque no todos ni todas los saben cumplir, y buena prueba es de esta verdad lo embrollado que está en lo político y en lo moral este mundo amargo en que vivimos, de paso para el otro

mundo, que será, según tengo entendido, amargo para los que hallan dulce este, y dulce para los que pasan en este las amarguras que ofrece la vida, cuando no se echa uno, como suele decirse, el mundo á la espalda.

De estos que se echan el mundo á la espalda quiero hablarte hoy, lector querido, con lo que ya entenderás que el *deber* del epígrafe de este artículo es, ni más ni ménos, el *no pagar*.

Son infinitos los que en Madrid deben y no pagan. Los que están fuera del alcance de mi crítica son los que por pura necesidad, por urgentísimas obligaciones, por desgracias imprevistas, deben y no pagan porque no pueden, pero trabajan y trabajan, y no sosiegan hasta que pagan poco á poco, pero manifestando bien claramente la intencion que tienen de pagar, y la gratitud que les merece quien les saca de apuros. Los deudores de buena fé son dignos de toda consideracion, y la ley los debe proteger y ayudar, cosa que no sucede siempre.

En cambio, los deudores de mala fé, los que no quieren pagar, esos tienen en la uña las siete Partidas, y la serrana ocho, y la ley de Enjuiciamiento, y todas las leyes del mundo, y rara vez dejan de hallar salida y quedar riéndose del pobre acreedor, que á su vez se queda con un palmo de narices y sin dinero.

El no pagar es una costumbre muy generalizada en nuestros dias.

Personas hay en Madrid á quienes siempre vemos en todas partes, que visten bien y limpio, que toman café,

que se dan importancia, que van á los teatros y los bailes, y que nadie sabe de qué viven. Es muy sencillo: viven de no pagar. Pregunten VV. á doña Rosa, á doña Juana, á doña Micaela, á doña María y otras respetabilísimas patronas de huéspedes, todas señoras venidas á ménos, y que se han *agarrado* á los huéspedes por pura necesidad, aunque es un *trajin* de todos los demonios, y cada una de ellas les contará á VV. unos cuantos casos que le han sucedido con huéspedes que, despues de dos, tres, cuatro meses y aun años enteros, se les han ido sin pagar, y mucho será si alguno de ellos, además de no pagar, no les ha sacado en diversas ocasiones cantidades más ó ménos importantes,

Pregunten VV. á las estanqueras de la villa, y les darán noticias de infinidad de señoritos que les deben cientos de coraceros elegidos, y que de vez en cuándo suelen pasar por delante del estanco á escape, tapándose la cara en verano con la mano y en invierno con el tapabocas, ó con el cuello del gaban, ó el embozo de la capa.

Pregunten VV. á los mozos del café, y verán VV. cómo les refieren que don Fulanito se les fué con tres mil reales de almuerzos y cigarros, que don Zutano está tomando café hace un año sin poderle sacar un cuarto, y que, si ellos quisieran, podrian avergonzar delante de gente á más de cuatro que andan por allí dándose mucho lustre.

Los sastres, los zapateros, las lavanderas, son frecuentemente víctimas de los que tienen por sistema no pagar; y si una vez se diera una orden para que

os que no pagan no pudiesen salir á la calle en todo un dia, habian VV. de notar en las calles gran falta de gente, echando de ménos muchas caras conocidas por verlas siempre demás en todas partes.

Los hay que no pagan porque no tienen dinero; pero no es malo que no paguen, sino que es con alevosía y ensañamiento; piden, compran, toman, encargan y mandan hacer lo que necesitan con deliberado propósito de no pagar.

Grande es la desfachatez de esos *bons vivants*, y lo más raro es que siempre encuentran quien haga con ellos el tristísimo papel de víctima. Es verdad que tienen un descaro particular y una manera tan singular de hablar y tratar á las gentes, que el más escamado cae en el lazo y se deja emprimir como un infeliz.

Convendran VV. conmigo en que los prestamistas con gente que no se deja embaucar así como se quiere, que para dar quinientos reales hacen firmar escrituras y celebrar juicios, y se informan, y preguntan, y no sueltan la mosca hasta que estan seguros de que el deudor ha de pagar ó morir, en cuya alternativa es de presumir que la mayoría prefiera el primer extremo, que, aunque duro, no es tan duro como el último extremo, que ya no tiene remedio. Pues hay próimos que son más listos que los prestamistas. y no hay un prestamista de oficio á quien, á pesar de todas sus prevenciones, no haya engañado más de uno de esos caballeros, que serán muy caballeros y todo lo que se quiera, pero á mí me lo parecen de industria.

Estos señoritos, que viven de la trampa, tienen

una desvergüenza sin igual, y puede que le deban á V. dinero y digan que si no fuera por ellos, estaría V. pidiendo limosna. Por supuesto, cuando van á pedirle á V. dinero, se lo piden así, con cierta indiferencia, como si fuese cosa de poca importancia, como si el dar dinero fuese lo mismo que dar un papel para hacer un cigarro; y luego ya no se acuerdan de que se lo ha dado V., y si alguna vez se lo recuerda, ha perdido V. ya todo el buen concepto que tenían de V., y hablarán de V. pestes, porque está muy bien, y es cosa corriente, que ellos pidan dinero á cualquiera, aunque no le hayan hablado cuatro veces, pero muy mal que, quien tiene la debilidad de facilitárselo, se lo pida á ellos.

Hay otros que tienen lo suficiente para vivir, y sin embargo, no pueden prescindir de pedir prestado. Este es un vicio como otro cualquiera, y los que lo padecen están siempre tronados, porque son gentes disipadas, que gastan sin prevision lo suyo y lo ajeno, que siempre se bañan en agua de rosas y se hacen muchas ilusiones y esperan el porvenir, con lo cual no dudan adquirir compromisos que luego no cumplen, porque el *mañana* venturoso no llega nunca cuando se vive sin método ni economía, cuando se gasta más de lo que se tiene.

Pregunten VV. á los propietarios de casas y les darán razon de infinidad de personas que ocupan cuartos de 8, 9 y 10,000 y más reales y no los pagan. Es claro, el que tiene, por ejemplo, una renta de 16,000 reales anuales, ¿cómo ha de pagar 8,000 de casa?...

Y vean VV. qué rareza: á un pobre albañil que paga 40 reales mensuales de alquiler, si se atrasa dos ó tres meses, se le pone en la calle sin más consideraciones; per un inquilino que paga ó no paga un alquiler de 10,000 reales, vive en una casa, si quiere, muchos meses sin pagar el cuarto. Un inquilino listo y de mala fé, puede torear á un casero durante mucho tiempo.

¿Y qué me dicen VV. de las señoras que deben dinero en las tiendas?... Compran y compran, es decir, toman y toman objetos, no de necesidad, sino de lujo para el embellecimiento y adorno personal, y no los pagan. Pregunten VV. á los comerciantes de la calle de Postas, á los de la calle de Espoz y Mina, á los de objetos de bisutería, y aun á los plateros y diamantistas. .. Sería cosa de ver que un día en un sitio público quedasen todos y todas sin los objetos no pagados con que se hubieran engalanado.

Hay otra clase de gente que debe porque quiere, no porque tenga necesidad de deber. Esta gente, con dinero abundante, tiene esa maldita maña, y siempre le gusta quedar debiendo algo; por ejemplo: si uno de estos tipos toma una levita que le cuesta veinticinco duros, paga veinte y queda á deber cinco; y hay muchísimas personas que no vacilan en derrochar por satisfacer vanos caprichos miles y miles de reales y aun de duros, y deben un año al aguador y dos á la criada, y un par de botas y la compostura de un gaban, y una caja de cigarros en el café de la Iberia.

Yo conozco á un caballero que tiene á otros señores empleados en una empresa suya, que le vale muy

buenos cuartos, y no debiera valerle un céntimo, dicho sea entre paréntesis. Este caballero tiene gran habilidad para lograr dinero, y ahí va un detalle:

Va por la mañana á la oficina que tiene establecida, reprende á los empleados porque van tarde, y no han hecho todo lo que él desea, y al poco rato, al mismo á quien ha reprendido, se le acerca y le dice: —«¿Tiene V. ahí cinco duros?... Démelos V., que me he venido sin dinero.»

Hay algunos deudores que huyen de sus acreedores; pero hay otros que los buscan, que les hacen, si á mano viene, pagar el café, y les piden cigarros, y acreedor hay que va á pedir á un deudor la cantidad que le debe y acaba por darle algo encima en vez de cobrar lo que iba á pedir.

Estos son milagros solamente permitidos á los que tienen el talento especial de vivir á costa del prójimo, entre los cuales hay tipos curiosísimos, que todo el mundo conoce y cuyas fotografías deben hacerse por separado.

El que debe poco, pasa una vida intranquila y azarosa; el que debe mucho, muchísimo, vive tan descansado como si no debiera un cuarto, mucho más descansado que sus acreedores. Los Gobiernos han venido á sancionar esta verdad. Cada día debemos más, y sin embargo, vivimos tan tranquilos con mucho boato, con mucha ostentacion, con lujo escandaloso, sin pensar en mañana, que se presenta sombrío y amenazador.

¡Viva la Pepa! ¡á vivir y trampa adelante!

LOS VAGOS.

El número de los vagos es infinito

Vivir sobre el país es una vida vergonzosa, pero es una vida muy cómoda.

VV. y yo, y todos los que no somos vagos, tenemos que emplear muchas horas en el trabajo para poder ganar honradamente los garbanzos, que tan bien saben cuando se compran con el dinero legítimamente adquirido, pero que, por lo visto, saben también muy ricamente cuando se compran con dinero ajeno ó cuando no se pagan, que es costumbre muy generalizada, y por eso, acaso los que los pagamos los solemos pagar más caros de lo regular.

Pero los vagos comen, puesto que viven, con el dinero de VV., y del otro, y del de más allá, sin más trabajo que uno, que es el no tener vergüenza.

Todo consiste en saber pedir y en pedir oportunamente.

Hay vagos de todas clases.

Por ejemplo:

Don Pedro es un hombre que, desde que tronó una empresa de minas en la que él era tenedor de libros, si es que habia tales libros en aquella empresa, vive sin ocuparse en nada, es decir, si se ocupa, pero se ocupa malamente.

Conoce á mucha gente y explota esta circunstancia. Como no tiene otra cosa que hacer, emplea todo su ingenio en inventar medios de sacar dinero, y no pide mas que á personas que sabe que pueden darle lo que pide, y miente de manera y se finge de tal modo un hombre honrado, que, á no dar con una persona incapaz de hacer un favor á su mismo padre, que tambien los hay, casi ninguno se niega á sacarle de apuros.

Tiene un repertorio de desdichas que contar, capaces de ablandar el corazon más duro, é interesa en su favor á las gentes á quienes acomete, segun el carácter y circunstancias de cada una de sus víctimas.

A quien ha perdido un hijo, le va á pedir diciéndole que su hijo está enfermo y que él no tiene para medicinas; y ¿qué padre niega un socorro á otro padre?

Al autor que acaba de obtener un gran éxito, va á pedirle felicitándole por el éxito y anunciándole que le va á leer un drama que él ha compuesto; y aquel, para que no se lo lea, le da lo que le pide y le diera más todavía.

Al jugador que ha ganado una gran cantidad, le va á pedir diciéndole que ha perdido toda su fortuna en manos de un fullero.

Al hombre político le pide encareciendo su entusiasmo por el partido á que aquel pertenece, y sus persecuciones y su influencia en tal ó cual pueblo para elecciones.

A la actriz la pide ofreciéndole unos versos para el día del beneficio.

Al empresario le pide un beneficio nada ménos, seguro de que no se lo ha de conceder pero tambien de que le aprontará un par de duros, que es lo que busca.

Si es V. ministro, ó marqués, ó director, ó capitalista, ó comerciante, ó actor, ó poeta, no se verá V. nunca libre de estos parásitos que tienen por costumbre vivir á costa del prójimo.

Llaman á la puerta de V.

Abre el criado y pregunta por V. un caballero que tiene gran precision de hablarle para un asunto de interés.

—V. no me conocerá, señor D. Fulano, entra diciendo.

—Nó, señor.

—Pues yo á V. sí; V. ha ido muchos años al café Suizo... aquellos eran otros tiempos para mí...

—¿Y qué?...

—Mire V., me han colocado en Valencia despues de seis años de tenerme engañado, y estoy reuniendo entre las personas de talento y buenos sentimientos para poder ir á tomar posesion de mi destino, porque si no voy....

—Bueno, bueno, dice V., tome V.... no le puedo dar á V. más.

Y le da V. lo que puede, ó no le da y le despide.

Ya cuenta él con que de las tres ó cuatro personas á quienes acomete en el día alguna no le ha de dar.

Un hombre que no tiene nada que hacer, que es dueño de todo el día y de las calles, sale todos los días *por un duro*, y aunque parezca mentira, lo encuentra.

No necesita más que no tener vergüenza.

En la calle encuentra á una persona conocida, y se acerca con el sombrero en la mano, le cuenta lástimas y saca del bolsillo, en apoyo de sus palabras, unos papeles mugrientos, que dice que son papeletas de empeño ó citaciones judiciales, y el que lleva un moscon así al lado, para que se marche, le alarga una peseta, ó medio duro si no tiene ménos, ó acaso uno, si no lleva moneda de ménos valor.

Si no saca del primero á quien acomete todo lo que quiere, acomete á otro ó á otros; y cuando ha sacado lo que *necesita*, se va al café y almuerza mejor que V. acaso y aun compra un cigarro habano; luego se va á paseo ó á ver algo que haya que ver, y despues á la *timba* á dar dos golpes á dos pesetas. Si gana, mejor; si pierde, con acometer á otra persona, todo se remedia.

Algunas veces sufre algun sofion de alguno á quien ha pedido muchas veces, pero no le importa.

—Si le ve á los dos días le vuelve á acometer, por si acaso está de mejor humor.

En los establecimientos públicos hace también de las suyas; como á los dueños es fácil verlos y hablarlos, entra, les cuenta lo que le da la gana y pide para devolver la semana que viene, porque él dice que no es hombre capaz de pedir una limosna aunque se muera de hambre, por más que esto sería mucho más honroso.

Un vago es siempre materia dispuesta para todo.

Lo mismo se encarga de ser corredor de una sociedad de crédito que sabe que es una engañifa, como de servir de tercero á un vicioso que desea robar á alguna muchacha, ó á algún cobarde que quiere dar una paliza á un acreedor.

Los que no quieren sujetarse á un empleo humilde ó á un oficio honroso, se dedican á todos los oficios deshonorosos y á todos los empleos para los que no se puede contar con personas de vergüenza.

Hay vagos cuyo centro de operaciones es la Puerta del Sol, vagos que viven más que en su casa en los cafés, vagos aficionados á la política, que se quejan del Gobierno, sea éste el que sea, como si mereciesen ser mantenidos de Real orden por su linda cara, vagos perseguidores de mujeres, vagos que viven á costa de éstas, entre las que hay muchas tontas de capirote que se dejan embaucar por cualquiera, vagos que viven del juego y levantan *muertos* sin estar en un campo de batalla,—aunque no es floja batalla la del juego,—vagos, en fin, de chaquetilla y alpargatas, que juegan al *cané*, que engañan á quien pueden y que suelen tener casa puesta para algunas

temporadas en la cárcel del Saladero y salen de cuándo en cuándo á hacer méritos para volver.

Que haya hombres jóvenes que por efecto de las malas compañías se hayan enviado en la holgazanería, no es tan extraño como que haya padres de familia vagos de profesion.

Y los hay. Díganlo muchas madres, díganlo muchos hijos abandonados, díganlo muchos hijos que tienen, si son buenos y trabajadores, que dar á hurtadillas á sus madres el dinero que ganan, para no morir de hambre éstas y ellos.

La mujer que tiene un marido vago, todo el mal lo debe esperar y ningun bien gozará en la tierra.

Hay tambien vagos de otra categoría, es decir, vagos que son personas decentes por su educacion, por su nacimiento y su traje.

Estos tambien tiran de la oreja á Jorje, es decir, que hacen lo mismo que los perdidos que juegan al cané fuera de puertas, porque lo mismo es jugar en una magnífica sala adornada de espejos y colgaduras y á la luz de cien bujías, que jugar en un baranco á la sombra y con un vigilante por si viene algun civil.

Estos vagos, que son muy caballeros, si tienen dinero suyo se arruinan; si no lo tienen, ponen á contribucion á todos sus amigos, y luego, cuando están perseguidos por los acreedores, ó se van al extranjero

á *verlas venir* ó se pegan un tiro si aun les queda algo de esa falsa vergüenza que empuja á un hombre al crimen en vez de aconsejarle la confesion de sus faltas, el arrepentimiento y la enmienda, ó engañan á una familia honrada y hacen infeliz á alguna muchacha, que paga bien caro el haber sido tonta, ó cargan con una vieja, á la que pelan en cuatro dias y le dan luego un puntapié.

Hacia suma falta una ley de vagos. Es preciso que la autoridad sepa de qué vive todo el que vive y no tiene oficio ni beneficio, y que se evite en lo posible que jóvenes incautos que vienen de provincias á estudiar, ó á servir empleos, ó á casas de comercio, ó á aprender oficio hagan, conocimiento con todos esos vagos, que, perdidos ellos, parece como que tienen especial satisfaccion en perder á los demás.

Los que no cuentan con una gran fortuna, no tienen más remedio que trabajar, y el que no teniendo bienes vive sin trabajar, no vive bien aunque viva mejor que el que está todo el dia ganando el pan con el sudor del rostro, y es un peligro para la sociedad.

LOS AMIGOS DEL PRESUPUESTO

—Conque ¿has pensado ya qué es lo que va á ser el chico?...

—¡Toma! ya lo he dicho, abogado.

—¿Por qué no le pones á tu oficio?... Me parece que no tienes motivo para quejarte, que ya ves que, aunque estamos en una provincia, nunca nos ha faltado que comer....

—Eso sí, y tengo ahorrados más de tres mil duros para darle carrera al chico, y la relojería algo vale...

—Pues ya ves tú qué lástima que todo eso se pierda...

—Calla, mujer... yo no paso de ser un relojero, y el chico sería lo mismo, y... ahí tienes el hijo del de la tienda de sedas, que ya le han dado un empleo de doce mil reales en Madrid en cuanto concluyó su carrera de abogado, y escribe que los porteros le dan usía. Pues lo mismo lo sucederá á Angel; ¡toma! y

por algo se empieza: verás si el mejor día, en vida nuestra, llega á ser ministro.

—¿A qué ha puesto V. á su hijo, don Manuel?....
¿A cajista?

—Dios me libre.

—Pues á V. no le va tan mal con la imprenta.

—Ya lo creo, trabajando como un negro y poniéndome, si á mano viene, á tirar de la cigüeña de la máquina...

—¡Hombre! sin trabajar no se gana el pan.

—Bueno, pues ya que yo he trabajado tanto en este mundo, quiero que mi hijo trabaje ménos y haga más papel.

—¡Calle! ¿no le va á V. á dedicar á nada?

—Yo le diré á V.: ahora le voy á enviar á París á un colegio, y allí le tendré hasta que tenga edad para venir á seguir una carrera.

—¡Hola! y ¿qué carrera piensa V?...

—Mire V., él es muy sério, ya lo ha visto V., y sabe más que Brijan, y si, como tengo, á Dios gracias, tan buenos conocimientos, logro que meta la cabeza en el ministerio de Estado y luego que me lo agreguen á una embajada... Mire V., aunque gaste todo lo que tengo, yo quiero que el chico tenga una posicion y no esté como yo, con las manos llenas de tinta, imponiendo formas y peleando con esta gente.

—Es decir, que se va V. á gastar todo cuanto ha ganado para lograr esa posicion de su hijo.... Pues se lucen V. y él, si por cualquier circunstancia no la consiguen V.

—No lo crea V.: un muchacho educado en París y que sepa francés, inglés, alemán, italiano...

—Podría ser un gran impresor, y puede que sea un empleado que no gane ni la sexta parte de lo que ganaría en la imprenta.

—¿Y el niño, D. Froilan?

—Tan guapo.

—¿Estudia?

—Nó, señor.

—Es verdad: con los ocho mil reales que tiene V. de sueldo, no se puede dar carrera á un hijo y mantener todas las obligaciones. Más vale que le haya V. puesto á oficio.

—Nó, si no le he puesto á oficio; le tengo conmigo en la oficina. Se lo dije al jefe, y allí está de meritorio, ganando años de servicio y antigüedad.

—¡Hombre! ¡qué disparate! Pues con el ejemplo que tiene V. en sí mismo, que, despues de tantos años, está V. con tristes ocho mil reales, me parece que tenía V. bastante razon para enseñarle aunque fuese á zapatero.

—¡Calle V., hombre! Yo no he tenido suerte, porque soy.... así, encogido y pusilánime; pero el chico, ya verá V., ya verá V....

—Mira, Dolores, no te empeñes; yo quiero que Luisito sea boticario como yo.

—¡Jesús! ¡qué asco de botica! Mira tú qué adelantados estamos, metidos en un pueblo.

—Pero sin deber una peseta á nadie, y con unos

cuartitos ahorrados, aunque pocos. Y además, en estudiando para boticario, ya tiene la botica de su padre y no tiene que andar de ceca en meca....

—¡Bah! ¡bah! déjame de botica, que si yo hubiera sabido que no me habian de llamar mas que la *boticaria*, ¡para que me hubiera casado yo con un boticario!

—Pues ¿qué quieres que sea tu hijo?

—Quiero que sea.... mira, lo que yo quisiera sería que fuese comandante, como aquel buen mozo que pasó el otro dia á caballo con tantos soldados.....

—¡Y crees tú que le van á hacer comandante en seguida?

—¡Tóma! con el tiempo llegará.

—Ya lo creo, cuando estemos chochos de viejos.... Nada, nada, será comandante de las sanguijuelas, porque, cuando yo me retire, le dejaré la botica y le pondré un herbolario....

—Si yo me muero, harás lo que quieras; pero mientras yo viva, no ha de abrir Luisito un librote de esos.

—¿A dónde bueno por aquí, D. Atanasio?

—¡Hombre! voy á ver si cojo al ministro en su casa.

—¿Va V. de pretensiones?

—Sí, señor, los hijos le traen á uno á mal traer.

—Pues qué. ¿les ha sucedido algo?

—Nó, señor, es decir, á ellos y á mí nos ha sucedido bastante.

—Sí, ya se.... no sabe V. lo que sentí....